



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

#### ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

#### **Unión de Coeditores Gráficos**

La Unión de Coeditores Gráficos es un espacio de encuentro y trabajo colaborativo para editores y talleres de artes gráficas provenientes de distintos lugares de México, gestionado por artistas, maestros impresores e investigadores que desarrollan colectivamente estrategias para la difusión, distribución y venta de obra gráfica; además de realizar coediciones y proyectos educativos que posibiliten nuevas formas de organización estética y económica de esta disciplina.

La Unión inició sus actividades en el año 2013 en la Ciudad de México, conformada desde entonces por: Abraham León (Editor independiente, Oaxaca), La Cebada (Demián Flores, Ciudad de México), La Trampa Gráfica (Ernesto Alva y Rubén Morales, Ciudad de México), Cuervo Negro (José Porras, Ciudad de México), Blanco Ediciones (Laura Valencia, Ciudad de México), M & H Espacio/Centro de Documentación para Libros de Artista (Martha Hellion, Ciudad de México), El Chanate (Norberto Treviño, Torreón, Coahuila), La Ceiba Gráfica (Rafael Ruiz Moreno, Xalapa, Veracruz), Tigre Ediciones de México (Rodrigo Téllez, Ciudad de México), Anomalía Print Studio (Ruth Acosta y Héctor Espinosa, Ciudad de México) y T.A.C.O. (Sergio Ricaño, Ciudad de México).

Las obras gráficas aquí presentes son una selección hecha especialmente para la revista universitaria *Punto de partida*. Con ella, el lector podrá conocer una parte significativa de los múltiples artistas que han colaborado con la Unión y de las distintas técnicas que han empleado en su producción artística. Esta colaboración es la segunda parte de la muestra curada por Laura Valencia y Christian Barragán. En esta entrega participan los artistas Rubén Morales Lara (Ciudad de México, 1979), Marlov Barrios (Ciudad de Guatemala, 1980), Saúl Gómez (Ciudad de México, 1980), Omar Arcega (Puebla, Puebla, 1981), Uriel Marín (Córdoba, Veracruz, 1981), Eric Valencia (Tulancingo, Hidalgo, 1981), Lars Wunderlich (Neubrandenburg, Alemania, 1981), Ernesto Alva (Ciudad de México, 1982), Ruth Acosta (Ciudad de México, 1984), Daniel Coronel (Ciudad de México, 1984), José Porras (Ciudad de México, 1985), Aldo Iván Riaño Aparicio (Oaxaca, Oaxaca, 1985), Carlos Soto (Ciudad de México, 1986) y Styveen Solís (Torreón, Coahuila, 1997).

IMAGEN DE PORTADA Y CONTRAPORTADA



Fernando Bravo Reséndiz, de la serie *Hermano Volcán*, impresión de tinta con plantilla/papel, 21 × 14 cm, 2016



EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
El mundo en azul / Ana Clavel	8
CONCURSO 47 DE PUNTO DE PARTIDA	10
SEGUNDA ENTREGA	13
Asociaciones ilícitas (Cuento breve) / Cristina Rivero	14
Patitas (Cuento breve) / Mario Arroyo	16
Hermano Volcán (Gráfica) / Fernando Bravo Reséndiz	18
Strangers in the Night (Crónica) / Mario Daniel Cuautle Valdez	28
El alebrije y la ensalada (Crónica) / Mario Alberto Serrano Avelar	35
Costumbrismo (Gráfica) / Josué Osvaldo Arciniega Álvarez	43
Este programa contiene procedimientos quirúrgicos reales, de Roxane Gay (Traducción) / Adrián Chávez	50
Diario de una vieja loca (fragmento), de Umar Timol (Traducción) / Rocío Ugalde	53
Dos poemas / Nadia López García	59
Nueve poemas / Fernando Trejo	63
Nacencia (fragmentos) / Javier Taboada	68
Huellas / Aldo Rosales	72
EL RESEÑARIO	
Retrato de un testigo innecesario / Laury Leite	77

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

María Teresa Uriarte Castañeda  
*Coordinadora de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 199, septiembre-octubre 2016  
Fundada en 1966

*Edición:* Carmina Estrada  
*Redacción:* Luis Paniagua  
*Asistencia secretarial:* Lucina Huerta

*Diseño original:* Rafael Olvera  
*Diseño de este número:* María Luisa Passarge  
*Imagen de portada:* Fernando Bravo Reséndiz  
*Ilustración de este número:* Unión de Coeditores Gráficos  
*Impresión en offset:* Imprenta de Juan Pablos S.A.  
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen  
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.  
Tel.: 56 22 62 01  
Fax: 56 22 62 43  
correo electrónico: [puntoenlinea@gmail.com](mailto:puntoenlinea@gmail.com)  
[www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx)  
[www.puntoenlinea.unam.mx](http://www.puntoenlinea.unam.mx)

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,  
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Este número presenta la segunda entrega de ganadores en el concurso 47 de *Punto de partida*. Abre, en el Árbol Genealógico, con “El mundo en azul”, pieza en la que Ana Clavel narra con gracia y humor la siempre presente posibilidad de habitar mundos paralelos como escape del tedio. Agradecemos a la autora su generoso regreso a estas páginas donde publicara en los inicios de su carrera.

El *dossier* del concurso incluye esta vez las categorías de Cuento Breve, Crónica, Traducción Literaria y Gráfica. En la primera, Draupadí de Mora hila la trama con una suerte de asociaciones libres que se encabalgan hasta el cierre, en su cuento “Asociaciones ilícitas”. El segundo relato ganador, obra de Mario Arroyo, es desde su nombre —“Patitas”— un ejemplo de originalidad en la anécdota y de humor negro en la resolución.

La crónica es un género híbrido por definición, y su ejercicio reciente parece encaminarse cada vez más a esta mixtura. Es el caso de nuestros textos ganadores: el primero, “Strangers in the Night”, de Mario Daniel Cuatle Valdez, detalla un día en la vida de un indocumentado errante en la ciudad de San Francisco, y la omnisciencia de su narrador —que parece acompañar al personaje— lo vincula en cierta medida a la ficción. En el segundo premio, “El alebrije y la ensalada”, Mario Alberto Serrano cuenta la poco común historia de un par de chefs que deciden montar su restaurante en Tepetlixpa, Estado de México, y la narración de este hecho da pie al autor para ensayar sobre la gastronomía y el arte.

En Traducción Literaria, los dos textos premiados son una oportunidad para acercarnos a autores poco conocidos en México: “Este programa contiene procedimientos quirúrgicos reales”, de la estadounidense Roxane Gay, traducido con su autorización por Adrián Chávez, es una ácida crítica a la televisión vista desde el día a día de una joven y disfuncional pareja clasemediera; y Rocío Ugalde traduce un fragmento de “Diario de una vieja loca”, del mauritano Umar Timol, que aborda la pérdida paulatina de la razón en un personaje de mediana edad y su llegada a la vejez a través de la frustración y el resentimiento.

Publicamos también las series ganadoras en Gráfica: “Hermano Volcán”, reflexión sobre el paisaje resuelta con recursos técnicos de aparente sencillez, obra de Fernando Bravo Reséndiz; y “Costumbrismo”, de Josué Osvaldo Arciniega, grabados de factura impecable. Fuera de concurso, el *dossier* se complementa con obra de cuatro autores ya con presencia en las nuevas letras del país: la oaxaqueña Nadia López García, el chiapaneco Fernando Trejo, y, de la Ciudad de México, Javier Taboada y Aldo Rosales; y cierra con la recomendación a la lectura de *El pincel y el cuchillo*, de Felipe Polleri, en una reseña de Laury Leite.

Mención aparte merece la ilustración de este número, que complementa a la de nuestra edición anterior y forma parte de una muestra curada para *Punto de partida* por Laura Valencia y Christian Barragán, con obra de la Unión de Coeditores Gráficos. Sirva esta edición, también, para acercar a nuestros lectores al trabajo de decenas de artistas agrupados en este proyecto de difusión y comercialización de la gráfica en México. ●

Carmina Estrada

# El mundo en azul

Ana Clavel

La fila de atención a clientes era numerosa. La verdad no entiendo a estas empresas que se gastan millones en publicidad con globos aerostáticos y tomas panorámicas espectaculares, videos hechizantes que harían al más pelmazo ambicionar sus productos y el modelo de vida ensoñada que proponen, pero que en la práctica son incapaces de brindar un buen servicio, un trato amable y respetuoso a sus consumidores.

Pasaban los minutos, la cola de ese animal de reclamos e inconformidades que conformábamos no avanzaba, y la gente comenzaba a dar señales de hartazgo. Un hombre, a quien le habían regresado por segunda vez un equipo deficiente, vociferó que iba a demandar en la Procuraduría del Consumidor. Mientras la chica que lo atendía se alejaba a consultar el caso a un privado, observé aquella especie de ratonera donde nos encontrábamos como conejillos de laboratorio: la luz artificial blanquecina, la escasez de mobiliario, el aire enrarecido contribuían a la sensación de atrapamiento.

Entonces reparé en la pared lateral más próxima, cubierta en buena medida por un acrílico azul brillante. Era como un ventanal donde se reflejaba en una dimensión cetrúlea el espacio de la sucursal toda, con sus varios mostradores y numerosas filas. Ahí estábamos unos y otros, duplicados en ese mundo en azul. Cuando encontré mi propia figura en la superficie plástica, tuve ganas de levantar la mano y saludarme, pero aquello hubiera sido muy desconcertante para quien lo hubiera advertido —no pocos por cierto, pues cansados de la espera, a los de mi cola animal no les quedaba más remedio que alzar los cuernos, atisbar por sus celulares o espiarnos a los otros con desconfianza y malestar.

Comencé a escudriñar aquel mundo paralelo de sombras y fantasmas azulados. Ahí estaba el hombre al que le habían regresado por segunda vez un equipo que a las primeras de cambio, volvía a fallar. De un tono azul subido, aguardaba con enfado que regresara la muchacha del mostrador, tamborileaba los dedos, cambiaba el peso de una pierna a otra, se llevaba la mano al cuello. También una mujer de traje sastre de muy buenas carnes azules a la que el policía de vigilancia no le quitaba el ojo. Un joven oficinista que había aprovechado la hora de comida para ir a hacer cola y mandaba mensajes por su celular a una velocidad frenética. Una pareja gay que no paraba de contarse las últimas andanzas del fin de semana —vehementes en sus gestos, parecían arlequines de un circo entre azul y buenas tardes.

Por fin regresó la chica de nuestro mostrador. Con absoluto desdén le comunicó al cliente que la empresa no se hacía responsable del aparato porque la póliza había vencido un día antes. En respuesta, el hombre del plano azul la tomó del cuello sin miramiento alguno y comenzó a zarandearla. Pero en vez de gritar pidiendo ayuda, la muchacha parecía disfrutarlo y hasta gorjeaba en azul celeste. Estupefacta, busqué al policía que no le quitaba el ojo a la mujer de buenas carnes, pero ya no sólo la miraba sino que había pasado a la acción y tras acariciarle los senos, le ponía su propia gorra en la cabeza y ella se dejaba tomar fotos con una camarita que el vigilante acababa de extraer del bolsillo del oficinista. Por su parte, la pareja gay se había puesto a hacer lagartijas azules en plena sala de espera y varios les hacían corro y les llevaban la cuenta.

Esto sucedía en la parte más próxima a mi fila, pero más allá había piruetas y extravagancias insólitas, besos entre desconocidos, manoseos, cuchicheos, bofetadas, golpes... Un pandemónium se desataba en aquel ventanal de acrílico azul mientras de este lado del espejo continuábamos en nuestros lugares de tedio y hartazgo con toda nuestra gama de colores reales.

Volví a buscar mi figura en aquel mundo tan azul, tan intenso. Me costó trabajo dar conmigo. No puedo contarles lo que estaba haciendo. ●

**Ana Clavel** (Ciudad de México, 1961). Es autora de los libros de cuentos *Fuera de escena* (SEP/Crea, Letras Nuevas, 1984), *Amorosos de atar* (Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen 1991; Difocur/Gobierno del Estado de Sinaloa, 1992), *Paraísos trémulos* (Alfaguara, 2002), *Amor y otros suicidios* (Ediciones B, 2012) y del libro de minificciones *CorazoNadas* (Hormiga Iracunda, 2014). Sus novelas *Los deseos y su sombra* (Alfaguara, 2000) y *Cuerpo náufrago* (Alfaguara, 2005) se han traducido al inglés, y *El dibujante de sombras* (Alfaguara, 2009), al francés. *Las violetas son flores del deseo* (Alfaguara, 2007, traducida al francés y al árabe) obtuvo el Premio de Novela Corta Juan Rulfo 2005 de Radio Francia Internacional. *Las ninfas a veces sonríen* (Alfaguara, 2013) fue galardonada con el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska 2013 y ha sido recientemente traducida al francés. Su novela más reciente es *El amor es hambre* (Alfaguara, 2015). Sus libros han dado origen a proyectos multimedia que conjuntan fotografía, instalación, *performance*, intervención artística, video; se encuentran disponibles en el sitio web <[www.anaclavel.com](http://www.anaclavel.com)>.



Concurso 47 | Segunda entrega



# CONCURSO 47

## punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

### PREMIOS Y MENCIONES

#### ■ CRÓNICA

• **Primer premio**

*Strangers in the Night*

**Mario Daniel Cuautle Valdez**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

• **Segundo premio**

*El alebrije y la ensalada*

**Mario Alberto Serrano Avelar**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

• **Menciones**

*Entre la alta tensión y la buena suerte*

**Alvise Esteban Calderón Berra**

Universidad Autónoma Metropolitana  
Iztapalapa

*Uno más*

**José Manuel Chino Cisneros**

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

*La música ya no se escucha en casa*

**Juan Eduardo Mateos Flores**

Universidad Veracruzana

*Ponele sangre*

**Mariano del Cueto Mier**

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

*Redecacle*

**Juan Eliezer Quintas Cruz**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**Jurado:** Daniela Rea y Emiliano Ruiz Parra

#### ■ CUENTO

• **Primer premio**

*#SelfieConElPodrido*

**Manuel Adrián Chávez Pérez**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

• **Segundo premio**

*Buganvillas*

**Adolfo Mario Bacilio Pomposo**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

• **Menciones**

*Rota*

**Jorge Luis Herrera Zamudio**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Papeles*

**Jonathan Espíritu Becerra**

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

**Jurado:** Daniela Bojórquez Vértiz,

David Miklos y Daniela Tarazona

#### ■ CUENTO BREVE

• **Primer premio**

*Asociaciones ilícitas*

**Draupadí Devi de Mora Martínez**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

#### • Segundo premio

*Patitas*

**Mario Alberto Arroyo Arévalo**

Universidad Michoacana  
de San Nicolás de Hidalgo

• **Menciones**

*Primer sueño divino*

**Adán Núñez Luna**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Se siente en blanco*

**Fátima Romina Arroyo Vargas**

Universidad de Guanajuato

*Carta 750*

**María Fernanda Bada Cordero**

Escuela de escritores de la SOGEM

**Jurado:** Ana Clavel, Francisco Hinojosa

y Enrique Serna

#### ■ ENSAYO

• **Primer premio**

*Ensayo de una conferencia*

**Emiliano Delgadillo Martínez**

El Colegio de San Luis, A.C.

• **Segundo premio**

*Canta odiosa*

*(Sobre el odio en literatura)*

**Draupadí Devi de Mora Martínez**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

• **Mención**

*Alrededor de las velas*

**Laura Sofía Rivero Cisneros**

Facultad de Estudios Superiores Acatlán  
UNAM

**Jurado:** Verónica Gerber,

Ernesto Lumbreras y Héctor Perea

#### ■ FOTOGRAFÍA

• **Primer premio**

*Mapa Galáctico*

**Alexis Andrea Grain Hayton**

Centro de Cultura Casa Lamm

• **Segundo premio**

*Peregrinos*

**Eduardo Marcelino Champo Rico**

Universidad Autónoma de Chiapas

• **Mención**

*Episodios*

**Ariadna San Vicente Vázquez**

Escuela Nacional de Pintura,  
Escultura y Grabado "La Esmeralda"

**Jurado:** Silvia González de León,

Fernando Montiel Klint  
y Fernanda Sánchez Paredes

#### ■ GRÁFICA

• **Primer premio**

*Hermano Volcán*

**Fernando Bravo Reséndiz**

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

• **Segundo premio**

*Costumbrismo*

**Josué Osvaldo Arciniega Álvarez**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

• **Menciones**

*Instant' serie Kinderszenen*

*OP. 15 R. Schumann*

**Francisco Ortiz Trejo**

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Cosmoquantum*

**Héctor Peralta Vázquez**

Universidad Autónoma Metropolitana  
Xochimilco

**Jurado:** Gilda Castillo, Francisco

Castro Leñero y Sergio Ricaño

#### ■ POESÍA

• **Primer premio**

*Norte/Sur*

**Carla Xel-Ha López Méndez**

Universidad de Guadalajara

• **Segundo premio**

*Poemas para tirarse al sol*

**Iván Palacios Ocaña**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**Jurado:** Mónica Nepote, Luis Paniagua

y Xitlalitl Rodríguez Mendoza

#### ■ TRADUCCIÓN LITERARIA

• **Primer premio**

*Este programa contiene procedimientos*

*quirúrgicos reales*, de Roxane Gay

**Manuel Adrián Chávez Pérez**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

• **Segundo premio**

*Diario de una vieja loca*, de Umar Timol

**Rocío Itzel Morales Ugalde**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**Jurado:** Tanya Huntington

y Mónica Mansour



## Segunda entrega

CUENTO BREVE / Jurado: Ana Clavel, Francisco Hinojosa y Enrique Serna

*Asociaciones ilícitas* / Primer premio

Cristina Rivero (Draupadí de Mora)

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Patitas* / Segundo premio

Mario Arroyo

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

GRÁFICA / Jurado: Gilda Castillo, Francisco Castro Leñero y Sergio Ricaño

*Hermano Volcán* / Primer premio

Fernando Bravo Reséndiz

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Costumbrismo* / Segundo premio

Josué Osvaldo Arciniega Álvarez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

CRÓNICA / Jurado: Daniela Rea y Emiliano Ruiz Parra

*Strangers in the Night* / Primer premio

Mario Daniel Cuautle Valdez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*El alebrije y la ensalada* / Segundo premio

Mario Alberto Serrano Avelar

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

TRADUCCIÓN LITERARIA / Jurado: Tanya Huntington y Mónica Mansour

*Este programa contiene procedimientos quirúrgicos reales*, de Roxane Gay / Primer premio

Adrián Chávez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Diario de una vieja loca*, de Umar Timol / Segundo premio

Rocío Ugalde

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

# Asociaciones ilícitas

Cristina Rivero

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

*La literatura es una idiotez.*

RIMBAUD

**A**l licenciado se le secó la boca de tanto caminar. Entró a la cantina y pidió una cerveza. El mesero fue por la cerveza mientras por el rabillo del ojo advirtió al cocinero hablando por celular. Al otro lado de la línea su hija gritaba y lloraba: el novio la había golpeado. De inmediato el cocinero cortó la comunicación y salió a la calle, furioso, en busca de un taxi. El taxista sintonizaba una estación de radio donde una adolescente respondía correctamente una pregunta y ganaba entradas para un concierto. El concierto se desarrolló en un clima de violencia, de

Taller La Trampa Gráfica: Ernesto Alva, *Ciclos 4*, aguafuerte/papel, 61 × 91cm, 2015



**Cristina Rivero** es un seudónimo de **Draupadí de Mora** (Ciudad de México, 1984). Es traductora y licenciada en Letras Hispánicas por la UNAM, donde también cursa la maestría en Literatura Comparada. Ha publicado *El jardín de los violadores amables/Yoya* (GoEdiciones, 2016) con Martín Cinzano. Es coeditora de la revista cartonera *Puf!*

vigilancia, de permanente tensión. El productor del concierto traficaba drogas. Las drogas en un concierto son necesarias. No es lo mismo un concierto con drogas que un concierto sin drogas. Las drogas se dividen en géneros, como la literatura; drogas duras, drogas blandas; drama, lírica, narrativa. Hay talleres para dejar de drogarse donde la gente cuenta sus experiencias y recibe consejo. Hay talleres de narrativa donde la gente lee cuentos o fragmentos de novelas que son sometidos a consideración de los lectores. Éstos critican los textos en un sentido o bien general, revelando con ello concepciones de la literatura, el arte, las drogas y, por qué no, la vida, o bien en un sentido específico, puntilloso, pasando implacablemente el bisturí por cada uno de los párrafos de un cuento. Los párrafos de un cuento es nada más una manera de decir, pues hay cuentos compuestos por un solo y largo párrafo. El diccionario de la RAE define el párrafo como el fragmento de un escrito con unidad temática, de modo que el párrafo de un cuento de un solo párrafo debería tender a dicha unidad temática. Los integrantes de un taller de narrativa tienen esto muy claro, aunque a veces lo olviden, aunque a veces opten por mandar al carajo las unidades temáticas. Olvidarse y mandar al carajo son prácticas habituales en la literatura y en la vida; la literatura es una idiotez, el arte es una tontería, la vida está en otra parte, decía Rimbaud. Bien; pero no por ello aquí hemos de olvidar ni mandar al carajo al cocinero montado en un taxi rumbo a no sabemos dónde. Al respecto, se pueden barajar por lo menos dos alternativas: a) el cocinero se dirige hacia donde quiera que se encuentre su hija a fin de consolarla y de paso propinarle una golpiza al novio; y b) el cocinero va a levantar una denuncia por violencia de género en la delegación más cercana. Violencia de género: una fórmula demasiado opaca, académica, actualmente en boga en el periodismo de tintes progresistas, en el feminismo de tintes policíacos, en las novelas con pretensiones sociológicas, en resumidas cuentas: una fórmula que poco o nada tiene que hacer en un cuento donde un furioso cocinero se baja de un taxi en un barrio peligroso, reúne a una pandilla de adictos macarras armados dispuestos a asesinar a sus madres a cambio de droga, y con ellos se encamina a cometer un crimen en el cual todos, incluyendo la literatura, las drogas, Rimbaud, el licenciado, la RAE, el mesero, el taxista, la adolescente, el productor del concierto, los talleres contra las adicciones y los talleres de narrativa, se verán a un mismo tiempo implicados y absueltos. P

# Patitas

Mario Arroyo

UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

A pesar de sus múltiples aportes a la ciencia, hay que recordar que el doctor Eleuterio Mirafuentes también tuvo grandes fracasos. Una de sus creaciones más comercializadas (y que usted seguro recordará) consistió en una extensa variedad de churritos y frituras dotados de pequeños pies comestibles. No fue fácil para el equipo de expertos liderado por Mirafuentes lograr que éstas caminaran hasta la comodidad de la boca del cliente sin representar un reto para el sistema digestivo, por lo que cada unidad poseía un sistema motor completamente digerible, conectado a una crujiente y deliciosa red neuronal fotosensible que se activaba de forma instantánea en cuanto la bolsa era abierta, iniciando los movimientos de las botanas que eran atraídas por la temperatura corporal. Así llegaban a la cavidad oral sin problemas. Al presentar por primera vez la marca, con el nada ingenioso nombre de “Patitas”, sus creadores pasaron casi la mitad de la conferencia tranquilizando a reporteros y curiosos por igual. Aseguraron que las frituras eran incapaces de pensar o de sentir cualquier dolor, y enfatizaron que podría decirse que incluso *querían* ser comidas, ya que para eso fueron programadas.

Los meses posteriores trajeron cuantiosas ganancias a la empresa y ayudaron a perfeccionar su invención: aparte de la variedad de sabores que fueron introducidos, las nuevas botanas también podían saltar, formarse en fila para ser ingeridas en orden y hasta realizar unos cuantos pasos de baile básicos. Para evitar los molestos rastros de polvo saborizante y grasa que dejaban al caminar sobre la ropa, se les añadieron unos ricos zapatitos que no manchaban la tela.

Pero Mirafuentes no disfrutó su éxito por mucho tiempo. Dejó de ser un respetado científico para ostentar el título del hombre más demandado en la historia. Sucedió tan rápido que para cuando Patitas S.A. salió del mercado ya era muy tarde. Ascendían a miles los casos que involucraban niños y adultos asfixiados como consecuencia de quedarse dormidos muy cerca de las frituras. Otros menos afortunados fueron incapaces de masticarlas debido a la rapidez con que éstas se amontonaban dentro de la boca en su afán por ser engullidas. Perseguido por los familiares y amigos de las víctimas, amenazado de muerte hasta el cansancio, Eleuterio Mirafuentes tuvo que huir



# Hermano Volcán

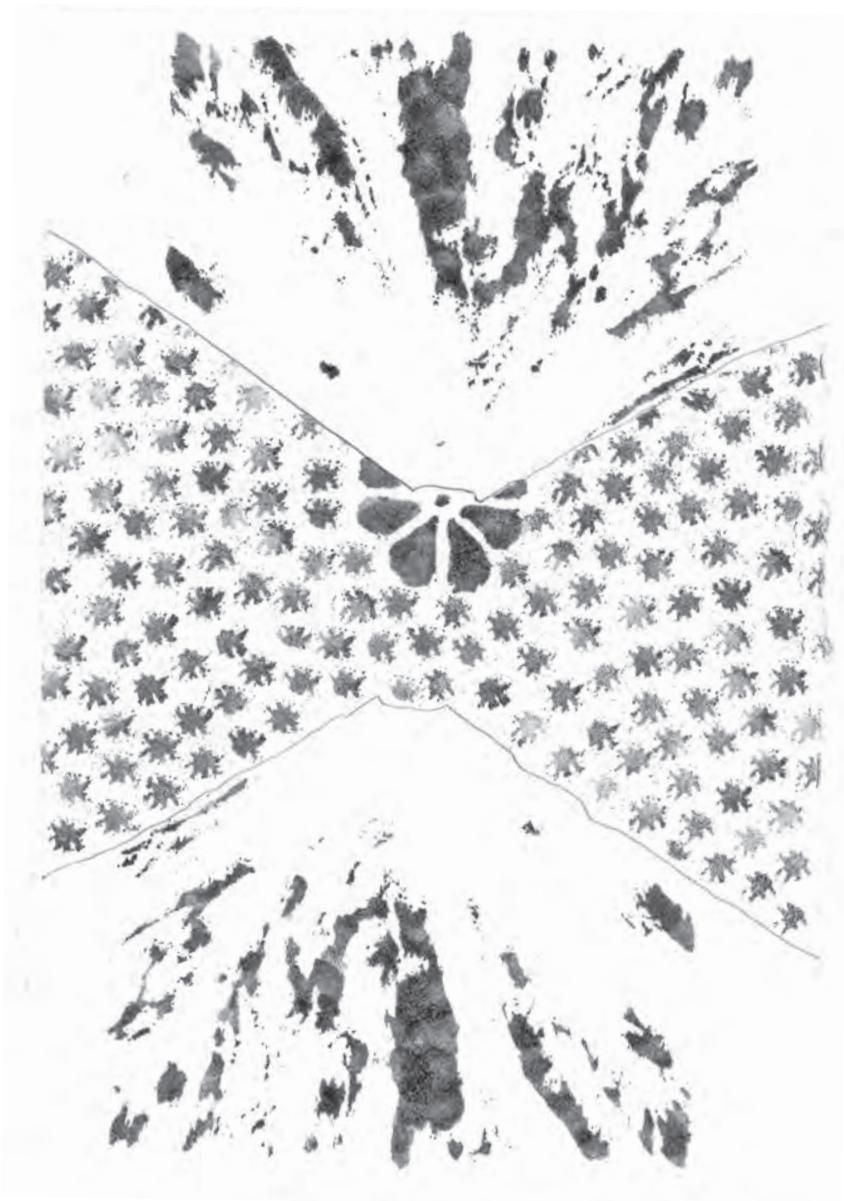
Fernando Bravo Reséndiz

FACULTAD DE ARTES Y DISEÑO-UNAM

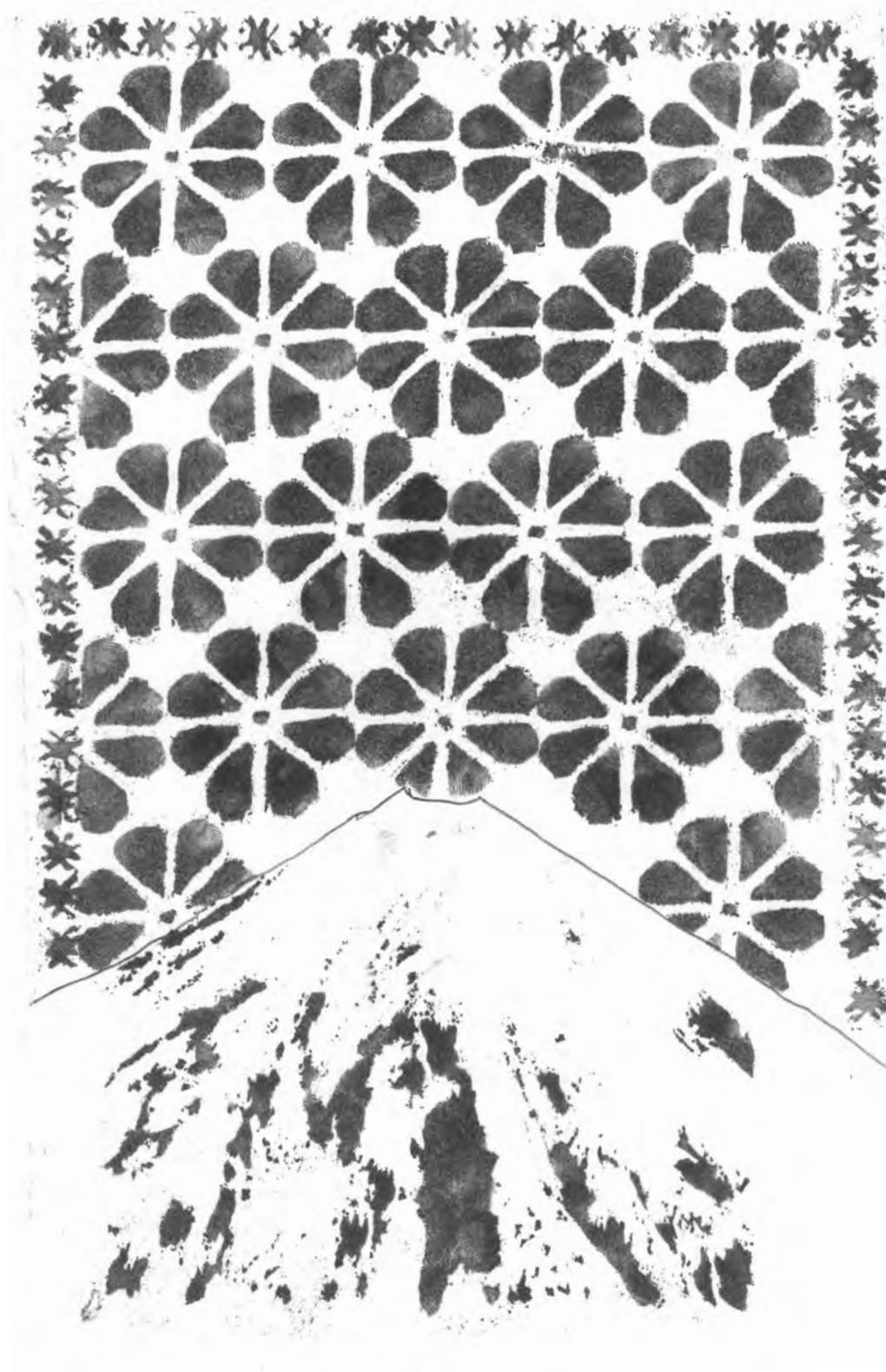


Las imágenes de esta serie se presentan en la secuencia original. En todos los casos: impresión de tinta con plantilla/papel, 21 × 14 cm, 2016

**Fernando Bravo Reséndiz** (Ciudad de México). Estudia la licenciatura en Artes Visuales en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM.

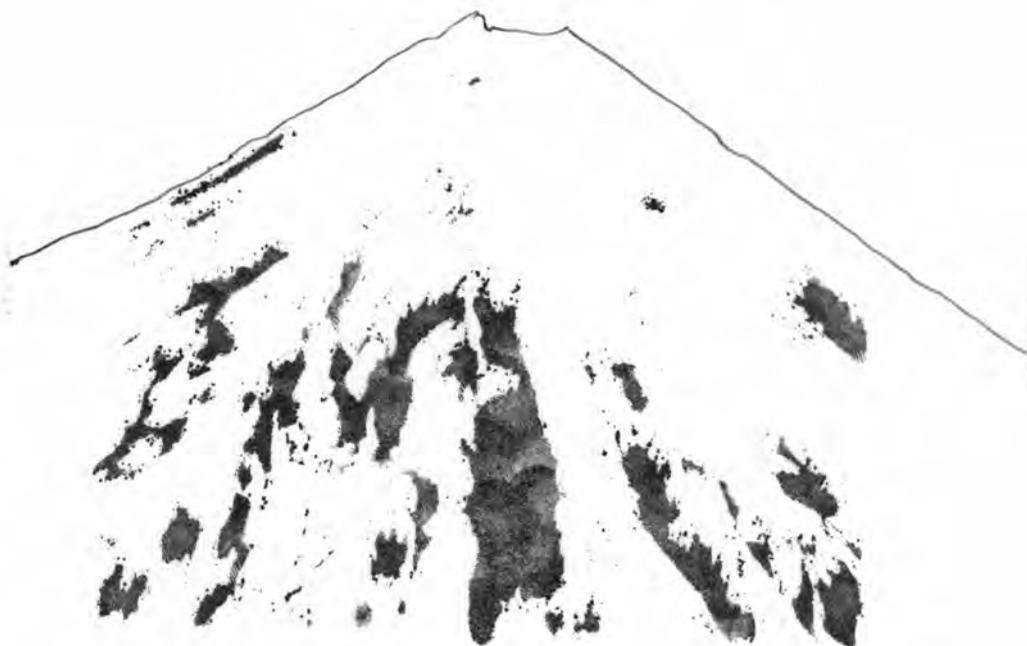
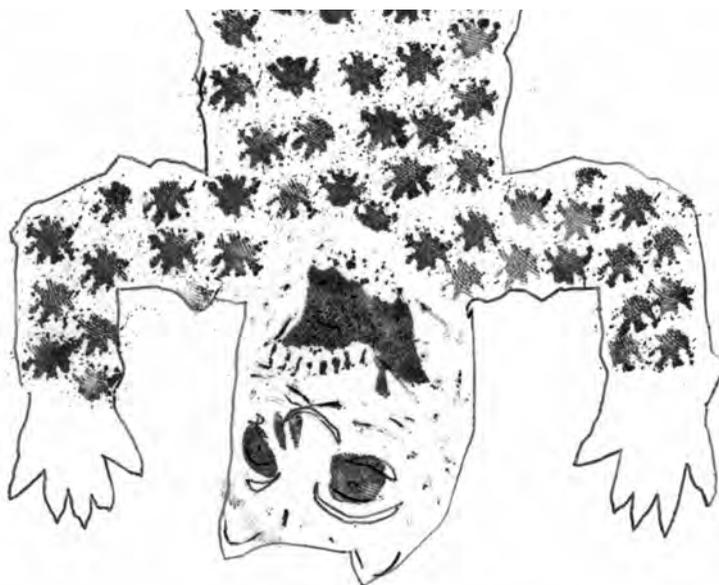


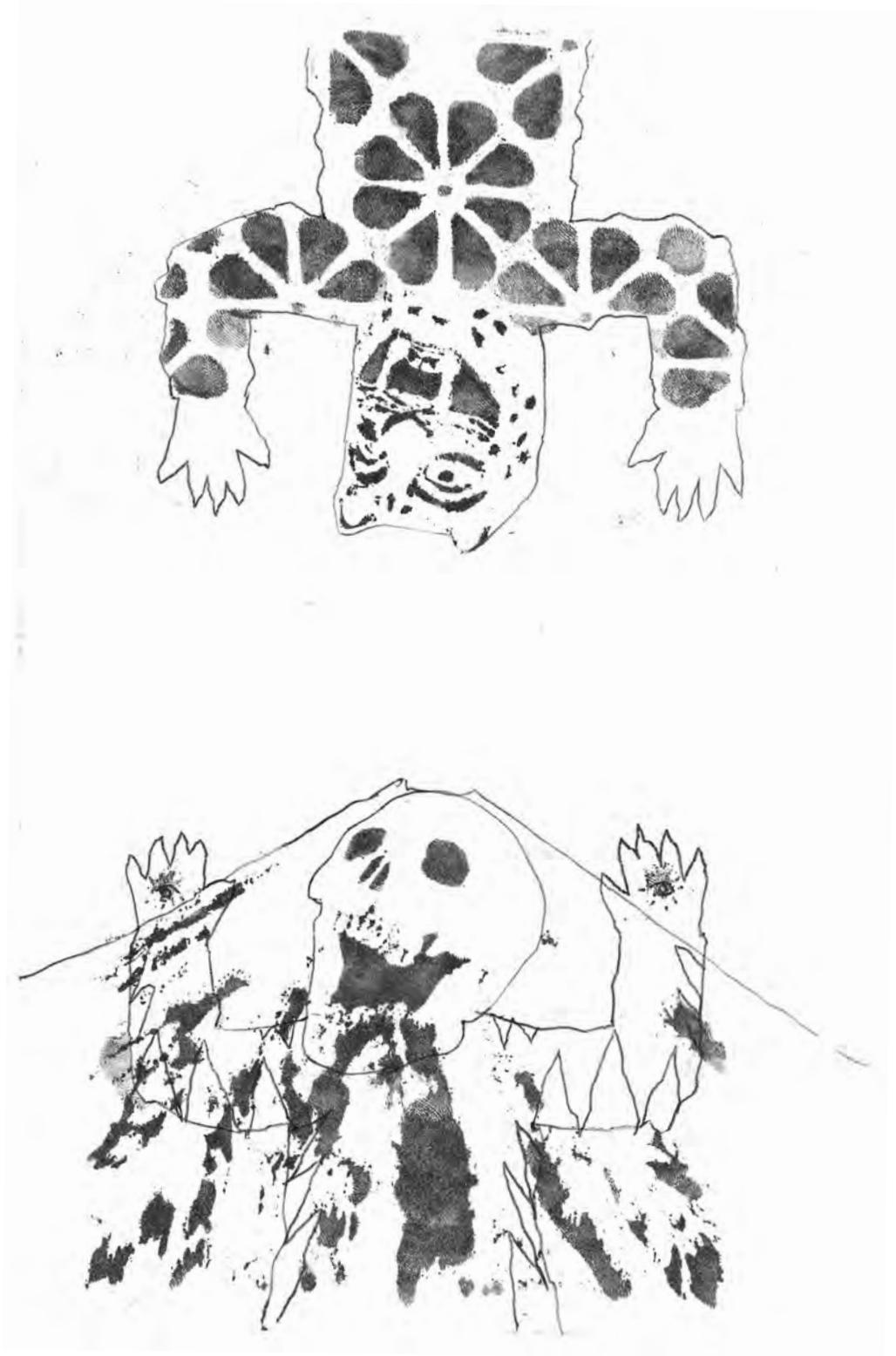


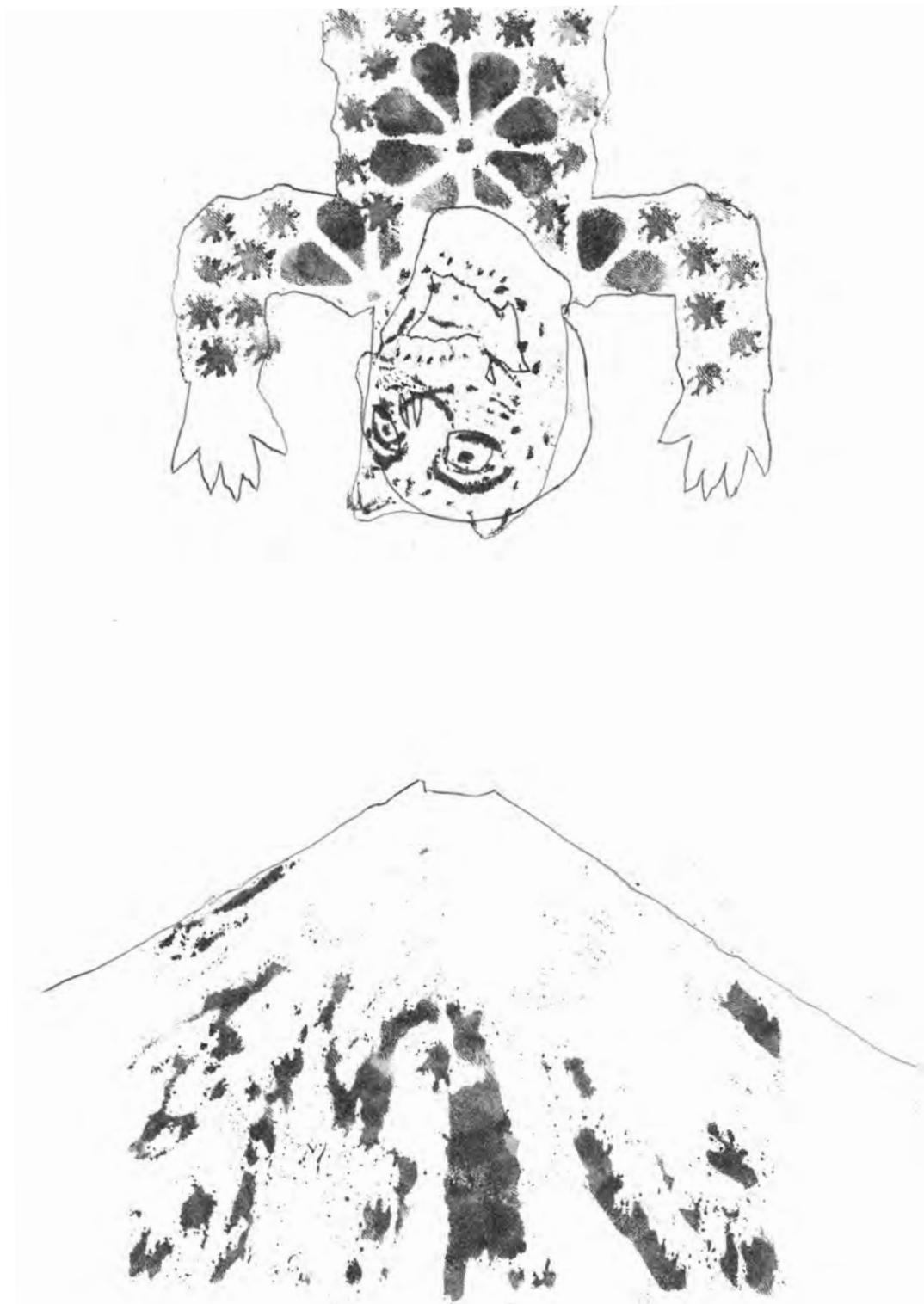














# Strangers in the Night

Mario Daniel Cuautle Valdez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Habían pasado cinco días desde que su padre regresó a vivir a la Ciudad de México; dos semanas desde que comenzó a trabajar en un restaurante de comida rápida en la ciudad de Fremont, California, y un mes desde que cambió su nombre a Daniel Luna. Era 4 de julio del año 2014 y aún no pagaba los cuatrocientos dólares que debía por el alquiler del mes.

El calor abrumador que se encerraba en su pequeña habitación lo despertó poco antes de las 12:30 p. m. Salió del complejo de departamentos montando una vieja bicicleta color verde que, según menciona su padre, “habían encontrado tirada mientras paseaban por el parque”. Era un viernes despejado y el sol doraba su ya bronceada piel. Portaba una playera negra con el logotipo de la marca Fender y la frase *Pioneer of Rock*, un pantalón de mezclilla azul, un abrigo ligero de color negro y zapatos deportivos. Era un tipo delgado con una sonrisa boba, bien afeitado y con pequeñas cicatrices en el rostro, probablemente a causa de alguna vieja riña. Salió de un restaurante de la calle Mision a la 1:25 p. m. con un sobre en la mano, dentro del cual se encontraba una factura indicando las horas que había laborado y los descuentos aplicados a su pago debido a los impuestos y el costo de su nuevo uniforme, cosa que no había considerado en sus cuentas; también se encontraba un cheque válido por quinientos cuarenta y tres dólares.

Tras cruzar la avenida entró a un negocio de amarillento tono. No pudo evitar sentir náuseas por el aroma a incienso y tabaco que infestaba el lugar. Un musulmán de mediana edad le pidió discretamente su identificación antes de cambiarle el cheque; de manera consecuen-

te dijo en inglés con un acento marcado: “No la traigas ya, deja de cargarla contigo, te reconoceré la próxima vez.” Daniel Luna, de veintiún años de edad, había cometido un delito: *Forgery*, que he traducido como falsificación, concierne a la elaboración, alteración y uso de documentos falsos, acto que se castiga con una sanción de mil dólares y/o un año de prisión según la sección 470(b) del código penal de California. Es uno de los delitos más comunes en ese estado; después de todo, más del 27.8 por ciento de la población se conforma de inmigrantes ilegales, la mayoría de los cuales se ve obligada a obtener una identificación falsa para poder laborar y, en consecuencia, para cobrar cualquier tipo de cheque.

La adquisición de dicho documento es sencilla. La mayoría de los inmigrantes tiene contacto con polleros y falsificadores. En ocasiones sólo se debe enviar una fotografía desde un teléfono celular con el nombre deseado. El número de seguro social puede ser falso o pertenecer a otro ciudadano. Tras un día de proceso, el documento llega al domicilio donde se cobra el pago. Fue un falsificador, que trabajaba bajo la fachada de lavador de alfombras, quien por ciento diez dólares le brindó una nueva identidad a Daniel Luna.

Llegó a la estación de trenes que se encontraba entre la avenida Walnut y la calle Civic Center poco antes de las 3:18 p. m. Dejó su bicicleta encadenada en la entrada de la estación Fremont del sistema de transporte rápido del área de la bahía —o BART, por sus siglas en inglés—. Por doce dólares compró un boleto de ida y vuelta a San Francisco y tomó el tren a Richmond. Debido a las festividades de aquel día, el tren directo a San Francisco había cancelado sus salidas desde Fremont y

**Mario Daniel Cuautle Valdez** (Ciudad de México, 1991). Es psicólogo y traductor. Estudiante de la licenciatura en Lengua y Literaturas Modernas Inglesas de la UNAM. Actualmente trabaja en su proyecto de titulación, que consiste en una traducción comentada del poema épico *The Fall of Hyperion: a Dream*, de John Keats.

el de Richmond era el único que permitía traspasar en la estación Bay Fair.

El tren se detuvo en la estación Hayward a las 4:33 p. m. Una dulce voz anunció un incidente que tuvo lugar en la estación Richmond y especificó que habría un ligero retraso. El hecho se omitió en periódicos locales como el *Richmond Daily News* por alguna razón desconocida; de igual forma fue un suceso poco popular en las redes sociales, sólo dos artículos en línea mencionaron el hecho ese mismo día; uno a las 5:35 p. m. y otro a las 8:49 p. m., ambos omitiendo el nombre de la persona, sexo y edad, limitándose a mencionar el lugar y la hora de lo ocurrido. Fue en una publicación del periódico *Contra Costa Times* del 5 de julio de 2014 que se brindó mayor interés al caso:

Un tren del sistema BART arrolló a un hombre de cuarenta y cinco años de edad procedente de Oakland. El incidente ocurrió el viernes por la tarde, ocasionando el cierre de la estación Richmond por más de tres horas... Dicho suceso tuvo lugar poco antes de las 4:35 p. m... Se declaró la muerte del hombre a las 5:30 p. m. y la estación Richmond reinició sus funciones hasta las 8:00 p. m.

A las 4:40 p. m. el tren volvió a marchar permitiendo que los pasajeros llegaran a Bay Fair; todo esto poco antes de que el convoy que salía de Dublin con dirección a Daly City llegara. Subió al tren, tomó asiento y abrió su mochila. Dentro tenía una botella de agua, una billetera de piel con quinientos treinta dólares, su celular, una identificación falsa, su visa y el libro *Dubliners* de James Joyce con introducción y notas de Laurence Davies. Un

libro popular, que compró en una tienda de segunda mano por tres dólares y cuarenta y cinco centavos; se compone de una serie de cuentos. “The sisters”, seguido por “An Encounter” y “Araby”, conforman las primeras veintiún páginas, las cuales leyó tras saltarse la introducción del libro y poco antes de llegar a la estación Embarcadero.

*Strangers in the Night* fue la canción que escuchó en el momento exacto en que salió de la estación, interpretada por el saxofón de un artista callejero, acompañada por el aroma a sal de mar, el frío viento, el ardiente sol y la mirada de miles de personas desconocidas; mezcla extraña que aún se impregna en su memoria. Se había perdido entre gigantescos edificios que impedían ver más allá de un par de cuadras. Caminó sin rumbo, sin preguntar, un par de cuadras hacia el edificio más llamativo que lograba ver; una construcción blanca de estilo similar al Beaux Arts de Francia, algo que le pareció nostálgico ya que en su ciudad natal solía visitar un edificio parecido; aunque el que tenía enfrente estaba rematado por una ridícula banderilla casi imperceptible y un reloj un poco más abajo.

Fotografías de los edificios, de los ciclistas, de las calles, de los peatones, de todas esas cosas que a pesar de conocer le parecían ajenas; sólo fotografías fue lo que le bastó tomar para recordar ese día. Dio un par de pasos, fotografió un pequeño vagón de trenecillo color rojo, con gente colgando de él, una de las atracciones más populares, el Teleférico de San Francisco; aunque realmente no sabía si “teleférico” sería la mejor palabra para describirlo. Dio un par de pasos más y vio a un chino tocando un extraño violín hecho de materiales reciclados:

una vara, trozos de madera y alambres; le tomó una fotografía y siguió caminando sobre la calle Embarcadero. Pasó por los muelles 3, 7, 15, 17 y 19, admirando el puente de acero que se veía a la derecha sobre la bahía, el puente de Oakland; contando cada muelle sin hacer paradas largas. Fue así que llegó al 31, eran las 6:15 p. m.; mientras una extraña y fría neblina abrazaba la vieja prisión de Alcatraz a lo lejos, el viento comenzó a moverse con mayor fuerza y junto a él se escondió entre los edificios, entrando desde la calle Sansome y perdiendo su rumbo.

Llegó al parque Pioneer a las 6:40 p. m.; ahora bajo su abrigo tenía un suéter negro con un estampado de la bandera de los siete colores cubriendo la cruz de Nerón: un diseño bastante peculiar del cual no recordaría el significado hasta un par de horas después. Caminó aún perdido desde la torre Coit hasta la librería City Lights. La noche ya se expandía sobre el cielo junto a sus pálidas luces, eran las 7:10 p. m. Luna entró al primer callejón que encontró tras salir de la librería, volteó a la derecha y lo vio.

Un extenso mural resaltaba el color azul del océano y el verde de las praderas, el café de pequeñas chozas y el de la piel morena de las personas; tenía una bandera de tres colores, cubriendo en rojo la palabra México, en blanco la palabra Paz y en negro la palabra Chiapas, la sujetaban dos palomas y bajo ella estaban tres hombres con pasamontañas negros, paliacates amarrados en sus cuellos, armas en las manos y flores a sus pies. Un poco más arriba había otras figuras con pasamontañas, una mujer con un vestido tradicional chiapaneco y un hombre abrazando un arma (¿Marcos? ¿Ramona?); también había gente con los rostros descubiertos, campesinos diminutos y un hombre con sombrero de charro y un rifle, montando un caballo negro. Cuando ya no quiso verlo desvió la mirada hacia otro mural, más colorido y simple, con la palabra Vesuvio y un corto mensaje:

Cuando la sombra del saltamontes se cruce con el juicio del ratón de campo, sobre el verde y baboso pasto, mientras un rojizo sol se eleva sobre el horizonte del oeste, contornando la silueta de un guerrero indio, demacrado, con músculos tensos, posando con un arco y una flecha, apuntando hacia ti, será entonces momento de tomar otro martini.

Taller La Chicharra Oaxaca/Nómada Gráfica: Aldo Iván Riaño Aparicio, *Anua*, xilografía/papel, 76 x 56 cm, 2016





Y entró al Vesuvio, antiguo bar concurrido por viejos escritores de la generación Beat; cosa no tan sorprendente: el trago es barato y cerca del lugar hay varios clubes nocturnos de poca monta. Sólo se tomó media hora y un vaso de whiskey antes de salir.

Cruzó la calle hacia un pasillo de luces neón azul, rosa y púrpura. Perdiéndose así por sesenta minutos entre el Condor y una licorería de la calle Broadway, en un lugar llamado Roaring 20's, de donde salió con una bailarina afro-italiana de piel oscura a quien se dirigía por el nombre de Bianchi. Con un amigable beso se separaron poco antes de llegar al muelle 39. Eran las 9:25 p. m., había llegado justo a tiempo para sentarse en una cómoda banca con dos acompañantes: una mujer hindú de cabello oscuro y largo, vestida con una chaqueta de piel y un pantalón de mezclilla, y un anciano japonés, con una cámara profesional que colgaba de su cuello, pantaloncillos cortos, calcetas blancas largas y playera de algodón. Esperaron los fuegos artificiales. Azul fue el primer color en presentarse; media hora después el espectáculo culminaría tras el disparo de una luz verde. No fueron muchos, tampoco tenían ese “toque especial” de los fuegos artificiales de las ferias en los pueblos de México; no eran castillos, no formaban figuras y las mezclas de colores eran casi deslucidas. Aun así la gente parecía impactada, ya fuera de placer o decepción.

Los tres se despidieron amablemente y cada uno tomó su propio camino. Luna se desplazó por la calle Jefferson guiándose por la multitud; no parecía una celebración, no como las que él acostumbraba, sólo había turistas tomando fotografías y jóvenes bebiendo licor en los bares. A las 11 p. m. todo parecía haber terminado. Ya no permitían el acceso a los bares, la gente se retiraba de las plazas y despejaba las calles tambaleándose; afuera de una licorería Luna encontró a un joven rubio usando un sombrero de copa con los patrones de la bandera de Estados Unidos, recostado en la acera, ebrio, casi inmóvil.

Llegó hasta la calle Hyde, donde se encuentra la plataforma para redirigir el teleférico y un parque poco iluminado. Se había cansado de caminar, pero lo más importante, se había aburrido. Deseaba regresar a casa,

pero estaba atrapado. El tren ya no viajaría esa noche y la estación quedaba lejos. Siguió adentrándose en el parque, quería descansar y comenzaba a asustarse un poco. Vio en una banca a tres latinoamericanos intentando dormir: una mujer, un niño y un hombre compar-

tiendo una cobija; al verlos, Luna entendió qué tan mala era la idea de pasar la noche en la calle. Más adelante se topó con aproximadamente veinte jóvenes. Unos eran latinos y hablaban una extraña combinación de español e inglés. Los otros eran afroamericanos. Un minuto después



Taller La Curtiduría/La Cebada: Carlos Soto, *Vida libre*, linóleo/papel, 10 × 10 cm, 2015

de que Luna cruzó entre los dos grupos, a las 11:09 p. m., comenzó una pelea. Vio cómo un chico roció con gas pimienta a una chica; un joven gritó: “Tiren leche sobre su rostro, eso aliviará la quemadura.” Otros sólo lanzaban amenazas: “Voy a matarte. No huyas. ¿Qué mierdas te sucede?”

Varios querían ayudar a la chica; entre ellos Luna, a quien casi golpean. Un minuto después llegaron las autoridades y evacuaron el parque apuntando con sus armas. Sacaron a Luna y lo dejaron en la esquina de las calles Larkin y Beach, junto a cinco jóvenes desconocidos. No dijeron mucho entre ellos y a Luna ya no le interesó continuar ahí. Se dirigió al mapa más cercano y ubicó un restaurante que sabía que estaría abierto y en el cual, según un libro que leyó alguna vez, mucha gente suele pasar toda la noche. Era igual a esa historia. Un joven que había perdido el tren a casa debía pasar una noche en un Dennis, ya que pagar un hotel estaba fuera de su presupuesto.

Llegó a las 11:30 p. m. al Holliday Inn San Francisco-Fisherman’s Wharf, que en la planta baja tenía un Dennis. Quiso olvidar lo ocurrido, beber una cerveza, comer algo y esperar el amanecer. Pidió una hamburguesa con papas que le costó dieciséis dólares; también tomó un refresco de cola, ya que no vendían bebidas alcohólicas. Comió lentamente, lo más lento que pudo. Detestaba comer solo, y cuando esto sucedía lo hacía de prisa; en el trabajo sólo tenía diez minutos para ello y a él le parecía perfecto así. Pero esta vez debía comer con gran lentitud.

Dos horas después seguía sentado en ese lugar; entraron dos hombres de camisa blanca, corbata y saco negros, uno pasaba de treinta años, el otro parecía de poco más de veinticinco. Hablaban español, todos en ese restaurante lo hacían. Aun así, se dirigían a Luna en inglés. El mayor de aquellos hombres pidió una cerveza y se la negaron. Luna sonrió discretamente; el hombre lo vio y con voz indiscreta le dijo a su joven compañero: “¿Por qué ese chino gay me está sonriendo?”, a lo cual Luna respondió: “Soy mexicano y también hablo español.” Fueron las primeras palabras en su lengua natal que Luna dijo en todo el día. El hombre se apenó y guardó silencio, pero su compañero no paraba de reír y agregó en

tono burlón: “¡Ay Monquiqui, siempre metes la pata!” Después se disculpó en nombre de su amigo y se sentaron con Luna. Los dos hombres eran pilotos de una aerolínea mexicana, provenían de la misma ciudad que él y platicaron sobre sus viajes.

“¿Por qué gay? Entiendo lo de chino, pero no por qué pensaron que era gay”, preguntó minutos después, cuando ya confiaba un poco en ellos y la plática era fluida. El piloto más viejo señaló su pecho con el dedo índice. Inmediatamente lo recordó, la cruz de Nerón con los colores: rojo, naranja, amarillo, verde, azul celeste, azul marino y violeta. Eran los colores de la bandera de la libertad, la bandera del arcoíris, la bandera LGBT. Luna sólo sonrió.

El más joven preguntó de una manera casi despectiva, pero lleno de curiosidad: “¿Y sí eres gay?”, a lo que respondió: “No, pero mi hermano lo es; además, nunca he tenido lío con ellos.” Olvidaron el tema poco después, pero platicaron de muchas cosas hasta poco antes de las 4 a. m., cuando ellos se retiraron a descansar y prepararse para su próximo vuelo.

Al salir, un poco más animado, Luna pensó en continuar con su viaje. No había dormido desde hacía más de dieciséis horas y su cuerpo no parecía necesitarlo. Sintió la brisa que se había enfriado, sonrió y caminó. Antes de dar otro paso, a un par de metros del restaurante, una mujer coreana con un bonito vestido rojo, piernas largas y agradable escote pidió indicaciones a Luna, quien a pesar de perderse con facilidad sintió la confianza y el interés de asistirla. “Puedo guiarte, me queda de paso”, le dijo en inglés. Ella se negó, por lo que él le dio la información pedida y continuó su camino.

Un par de segundos después sintió una mano presionando su hombro. Eran las 4:10 a. m., caminaba sobre la calle North, no conocía a nadie y sólo intuía dónde estaba, pero no lo sabía con certeza. Era aquella mujer atractiva que pidió indicaciones antes; ella tampoco sabía dónde estaba y había reconsiderado la propuesta de Luna: “¿Puedes acompañarme? Debo llegar a The Pub BBQ”, dijo con una voz firme. Él aceptó y la encaminó. Por lo menos sabía que el lugar que ella buscaba se encontraba en la esquina de Beach y Larkin, lugar donde horas antes había ocurrido aquella riña.

Fue la plática más agradable que había tenido con una chica desde que llegó a California, y sólo duró veinte minutos. Casi olvidaba que caminaba con una desconocida a las 4 a. m. sobre una oscura y peligrosa calle. Al llegar al lugar se despidieron, no pasó nada malo, nada malo, sólo un chico acompañando a una chica, quien al parecer debía recoger a su hermano en un bar y pagar la cuenta por él. Eran sólo dos extraños haciéndose un favor y acompañándose. Nadie tenía malas intenciones. La dejó en la entrada, ella le dio su número en un trozo de papel; como en los viejos tiempos, un extraño conociendo a otro extraño, sólo con el propósito y fin de ser amables, de conocerse.

Él siguió caminando sobre la calle Beach, tomó la Polks hasta llegar a la North Point, luego tomó la Bay hasta el bulevar Marina. En ningún momento se detuvo.

Uno podría suponer que pensaba en aquella muchacha coreana, o en los pilotos o en la chica a la cual le habían rociado gas pimienta. Siguió sobre la calle Old Mason, la más oscura de todas las que había visto, luego llegó a la avenida Crissy Field. ¿Seguiría pensando en el anciano japonés o en la chica de la India? ¿O pensaba en su hogar, en su padre, en su hermano? Estaba ya en el bulevar Lincoln, seguro ahí recordó al joven rubio con su gracioso sombrero de copa, marinado en licor afuera del bar y recostado en la calle. Quizá sólo pensó en aquellos inmigrantes durmiendo en el parque.

Aún no se cansaba a pesar de haber caminado por más de una hora, el sol no tardaría en salir y él se dirigía al pabellón del puente. Cruzó el estacionamiento hasta el centro de bienvenida; los guardias no lo vieron pasar. Tras desplazarse por el pabellón prosiguió por Coastal Trail hasta llegar a Battery Lancaster. Sí, seguro ahí pensó en Bianchi, en el Vesubio, en el indio que había imaginado al leer aquella narración afuera del viejo bar. ¿O pensaba en el mural del City Lights, con sus

campesinos diminutos y sus hombres con pasamontañas? Tomó asiento, sus ojos casi se cerraban, pero había algo que aún deseaba ver. Ya no tan lejos de él podía observar el Golden Gate, sólo dorado por el brillo de las luces que lo alumbraban mientras la noche prevalecía.

¿Qué es lo que pasa en la cabeza de aquellas personas al verlo? ¿Qué les inspira a arrojarse como gotas de agua a la bahía? Muchos estiman que ha concluido con la vida de mil seiscientas personas desde su inauguración en 1937. Se dice que es el lugar donde más suicidios ocurren en América, “un gigante de acero que devora más de cincuenta vidas al año”; pero Luna sólo vio un puente de 2 737 metros de longitud y 227 metros de altura. Lo cierto es que es un puente aterrador: surge de la neblina y el océano como un barco fantasma, y como coloso, sus brazos se estiran hasta las nubes queriendo partir el cielo, pero aun así es sólo un puente.

Ya comenzaba a salir el sol; era poco más de las 6 a. m.; el monstruo de acero que conecta a San Francisco con el condado de Marin comenzaba a recuperar su tono carmesí mientras las luces se apagaban. Luna no lo notó, porque había cerrado los ojos poco antes del amanecer, justo cuando el primer rayo crepuscular era notable.

Habían pasado seis días desde que su padre regresó a vivir a la Ciudad de México; poco más de dos semanas desde que comenzó a trabajar en un restaurante de comida rápida en la ciudad de Fremont, California, y un mes con un día desde que cambió su nombre a Daniel Luna. Era 5 de julio del año 2014 y aún no había pagado los cuatrocientos dólares que debía por el alquiler del mes.

*Dedicada a los incontables inmigrantes que han cruzado el puente de San Francisco y a las más de mil seiscientas personas que jamás regresaron de él. ♠*

# El alebrije y la ensalada

Mario Alberto Serrano Avelar

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Desde muy temprano los he visto trabajar como obsesos aunque lentamente. Le meten bulla a su trabajo con una música tan obvia que da risa: “La cumbia del mole”, de Lila Downs. Pero su música es en realidad la de los utensilios al chocar entre sí, y como sucede con el trabajo creativo, cuando ves a alguien elaborando objetos a partir de su imaginación tiendes a admirarlos secretamente. O a tenerles envidia.

Ver a dos chefs trabajar rápidamente no es una particularidad en el mundo de la gastronomía. Se puede decir que es precisamente al revés, que un chef lento es una anomalía. Pero mientras se afanan en sacar adelante su trabajo le imprimen un ritmo más lento a su cocina. Con la formación que han tenido saben que el tiempo es fundamental en toda preparación culinaria y que hay técnicas que son tan precisas como perentorias, pero se lo toman con una naturalidad y calma alarmantes; hasta donde sé, por ejemplo, no han hecho el *mise en place* que les ayudaría a tener sus insumos listos de antemano. En poco menos de dos horas van a recibir en promedio a cien comensales y quieren agasajarlos con todo tipo de extravagancias, pero igual están chanceando y platicando cada uno desde su respectivo lugar de trabajo. Ese abandono atterra y fascina.

Están preparando un menú mexicano con sus propias ideas sobre la gastronomía. Abundarán colores, texturas y unas propuestas que, me han confiado, serán “más artísticas que culinarias, o su mezcla, si se puede”. Pero el plato central, contra todo lo imaginado, será una ensalada. Ya desde ahí hay una enorme contradicción con las reglas del montaje y servicio que mantienen

al plato de más calorías como el centro de un menú. Pero a ellos no les importa, antes bien así lo han decidido. Días antes, cuando ponderaron hacer una preparación especialmente diseñada para las actividades en festejo del Quinto Sol —una programación cultural del Estado de México con motivo de la primavera— me dijeron que harían su Ensalada Ensueño, como han dado en llamarla. “¿Cómo una ensalada?”, les recriminé. “Te va a convencer”, me aseguraron. Pero hasta este momento, cuando faltan pocos minutos para comenzar el evento, siento que el exponer una ensalada quizá nos deje a todos con la incómoda sensación de un fraude. Pienso mil cosas hasta que veo salir a uno de los chefs con un alebrije entre las manos.

Estoy en el suroriente del Estado de México, en el minúsculo municipio de Tepetlixpa. La mayor referencia es que en su demarcación se encuentra Nepantla, la tierra natal de Sor Juana Inés de la Cruz. Pero en realidad, en el imaginario de la comunidad y de la región, Tepetlixpa es conocido por la cecina. Dos kilómetros de negocios que expenden este producto cárnico a lo largo de la carretera federal que une Cuautla con la Ciudad de México se vuelven una competencia dura de roer para una propuesta, que ya no para un negocio, gastronómico.

El restaurancito de estos chefs es como una candorosa ironía. En una población de quince mil habitantes no encuentro tan redituable un restaurante contemporáneo; a menos de veinte metros hay dos puestos de tacos que en este momento se empiezan a armar para su diario trajín nocturno. Incluso afuera del local hay un vendedor ambulante de hamburguesas. “¿Cómo compiten contra

la cecina?”, les pregunté alguna vez. “Es fácil. Nosotros ofrecemos una propuesta diferente. Creemos que ofrecemos, lo más legítimamente posible, la comida oriunda de Tepetlixpa”, dicen acaso recalando que la famosa cecina proviene de un poblado del estado de Morelos que se llama —el colmo de las parónimas— Yecapixtla.

Tepetlixpa está en una región que se conoce como “de los Volcanes” por la presencia dominante del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl en el paisaje. Es una zona con graves carencias y muchas intenciones más que verdaderos reconocimientos. La mayoría son pueblos-dormitorio para cientos de personas que trabajan en la Ciudad de México, con severos problemas de urbanización, violencia, delincuencia organizada y un problema de identidad que no permite asegurar qué es lo que específicamente une a los pobladores del lugar. Sin embargo, hay un trabajo cultural que se va incrementando en esta región. De unos años para acá igualmente ha crecido el interés por los asuntos culinarios, tanto en la creación de escuelas especializadas en esta disciplina como en foros y restaurantes de cierta propuesta, pero el objetivo primero es lo estrictamente culinario, de ahí que toparse con dos jóvenes que tengan intereses de ruptura con la comida en una zona completamente marginal para la gastronomía es interesante.

Estoy afuera del localito de Gustavo Farelas y Javier Soriano, dos jóvenes chefs de Tepetlixpa, reflexionando sobre lo que acontecerá con su convocatoria para cerrar el Festival del Quinto Sol con una muestra gastronómica contemporánea. Todo parece una gran aporía: el festival busca recuperar las expresiones genuinas de la cultura original, difunde aspectos tradicionales y promo-

ciona a los grupos indígenas. ¿Dónde encaja entonces una muestra tan alejada de estos valores como la gastronomía contemporánea? Incluso sé que, por la tarde, la Casa de Cultura local organizó una degustación de mole hecho a la usanza típica, y que viejas mayores estuvieron guisando en un improvisado fogón en plena plaza cívica municipal.

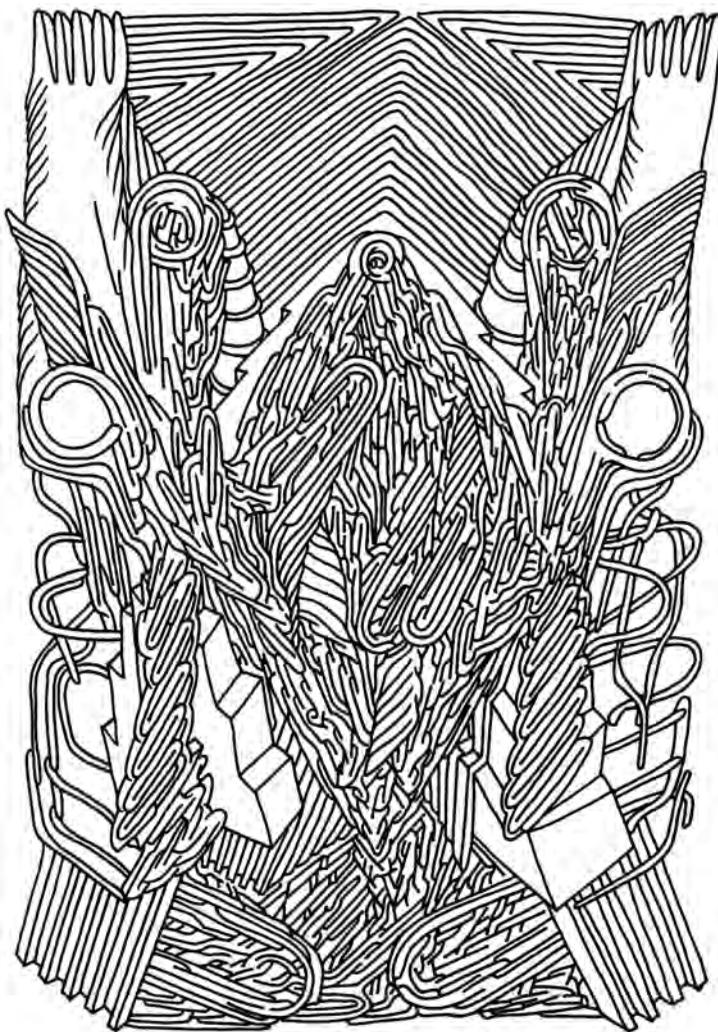
Me impaciento. El evento de los chefs tiene programado un espectáculo musical, una plática y la presentación estelar del platillo. Sé de la capacidad de los chefs, aún muy jóvenes y sin duda talentosos, pero, ¿cómo responderá la comunidad? Pareciera que eso no les preocupa. Ya preparan la decoración, su escenografía y las mesas de su restaurante están listas para recibir a sus invitados.

Después de que oficialmente debió comenzar el evento aún pasan largos minutos hasta que al fin llegan las personas. “Es típico de nuestro pueblo”, me dice un joven, tal vez pariente de los chefs, “aquí siempre llegamos tarde”. Algunos de los asistentes son amigos, pero también hay personas de la comunidad que al pasar se preguntan qué estará sucediendo adentro. Se les invita a entrar y hay mucha duda, un miedo casi nato a enfrentarse a lo desconocido, pero algunos aceptan y todavía se sorprenden más cuando les dicen que, desde luego, si gustan un platillo especial en la carta, hay una buena selección, pero que todo lo expuesto en las mesas del escenario es gratuito y podrán comerlo sin mayor explicación. Las personas, por supuesto, eligen lo más conocido: un taquito dorado, unas gelatinas, unos vasos de pulque curado o unas tostadas de cochinita pibil, pero dejan fuera las texturas raras de las preparaciones más

**Mario Alberto Serrano Avelar** (Ciudad de México, 1983). Es escritor, historiador y promotor cultural. Ha desempeñado distintos cargos en torno al quehacer cultural en el suroriente del Estado de México. Autor de la novela *Gude* (Artefacto, 2014) y de *Tepetlixpa: una monografía colectiva* (Amaquemecan-PACMYC, 2015). Fue director de la Casa de Cultura de Tepetlixpa en 2014 y cronista municipal del mismo lugar hasta 2016. Ganador del segundo lugar en el concurso de cuento “Buscando a la muerte” de la Secretaría de Cultura del Estado de México en 2014 y candidato a la preselección Estado de México 2015. Escribe el blog <enlacaradelcerro.wordpress.com>. Actualmente estudia la licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

atrevidas o hacen comparaciones que al chef Gustavo le causan risa: “esta salsita que nos puso, ¿es chamoy?” Con una enorme sonrisa les dice que casi, sólo que él no la compra, la hace, y que en lugar de químicos usa flores de su jardín. “¡Ah!, y entonces, ¿no nos hará daño comerla?”, lo vuelven a cuestionar. “No, no. Pueden echarse a unos chicharrones y verán que sabe más rica que la de las papas de la esquina.” Quiero creer que les responde con filosofía, pero más rápido se va a atender a otros rarísimos comensales.

En un momento, el chef Javier pide la atención de los asistentes porque van a presentar el plato estrella de la noche. Y sí, es una ensalada. Bastante minimalista por lo demás y apenas saliéndose de los cánones culinarios: una cama de lechuga, una reducción de flores de bugambilia como salsa y un desplegado de flores comestibles orgánicas que se han montado sobre brochazos de unas salsas de texturas muy brillantes. Explica al público que las flores se pueden comer y veo las reacciones. Dudan, parece que lo toman a broma o piensan que los engaña, pero luego les explica con lujo de detalles que la florifagia es una práctica antigua, no sólo de Europa, sino del pueblo mismo. “¿No han comido flores de colorín, de calabaza o alaches?”, les pregunta con mucha seriedad, y el público asiente. Se vencen los temores y el chef se va ganando a su audiencia. Les explica por qué su propuesta incluye muchas flores y apenas un insumo conocido —la lechuga—; los trata de llevar a las veleidades del arte culinario pero también de sus propias raíces, de sus propios aromas y sabores. Continúa la plática Gustavo, que les muestra imágenes de algunos otros proyectos que tratan de conjugar



Taller Anomalía Print Studio: Marlov Barrios, *Dibujos de la serie Gloria oscura*, serigrafía/papel, 39 × 27 cm, 2015

lo gastronómico con el ámbito más antropológico de las cocinas. Van trazando un método holístico para abordar la amable composición de técnicas, productos, preparaciones, episodios, narrativas, hábitos de consumo y prácticas culturales. Para ellos, la cocina no es sino una totalidad, lo mismo científica que social; lo mismo de un mundo sofisticado que de un mundo rural.

Al oírlos comienzo a creer que resulta cierto eso del crecimiento de lo gastronómico en la región, pero dejo de ver las reacciones del público que se enfrenta a estos dos jóvenes (Gustavo es bajito, de poco menos de treinta y ocho años; Javier no llega a las tres décadas y es delgado y moreno) enfundados en sendas filipinas negras, para observar mejor su ensalada. Me habían explicado en qué consistiría, pero hasta ahora que la tengo enfrente la puedo conceptualizar.

A diferencia de otro tipo de platillos, en esta propuesta hay delicadeza, precisión, mucha destreza técnica y un elevado grado de libertad compositiva. Detrás de su montaje se aprecia la exactitud de refrenarse a tiempo para no caer en la tentación de seguir los patrones compositivos de los platos. Y ahí es cuando se revalora esa idea de la creatividad que, pese a todas las aventuras de la gastronomía contemporánea, sigue escasa: la oportunidad de explorar otras dimensiones conceptuales y sensoriales.

Ensalada Ensueño, un nombre que dice poco. Vista objetivamente, le falta más precisión y seguridad para adentrarse de lleno en una propuesta artística, pero ciertamente, la gastronomía se ha enfocado en tres factores esenciales para armar una visión crítica de cualquier platillo: el sabor, la presentación y las técnicas. El objeto gastronómico termina siendo autorreferente, animando más al *gourmet* que al *gastrónomo*, que es el profesional de la disciplina. En otras palabras, abunda una crítica que sólo abreva en los componentes nutricios y que se olvida de las funciones sociales y artísticas que la comida, si así se plantea, puede tener.

De modo que en la Ensalada Ensueño se podría ponderar su atractivo visual, el orden en el uso de las técnicas y, evidentemente, el sabor inaudito debido a las



Taller La Ceiba Gráfica: Uriel Marín, *Gallo*, litografía/papel, 38 x 37, 2011

combinaciones florales y a las salsas que se han colocado como espejo en el plato. Pero fuera de este margen tan estrecho, en la propuesta hay igualmente un discurso gastronómico. “Nosotros vemos a la gastronomía como un medio de expresividad más cercano a las artes que sólo a la cocina”, me dice ambiguamente el chef Gustavo. Me hablan de sus preparaciones previas que les han valido reconocimientos en alguno de tantos concursos gastronómicos de nuestro país. “Un día presentamos una tuza encañuelada. Se trata de una preparación típica de esta zona, donde los campesinos elaboran complicadas trampas de madera para

matar a estos roedores que afectan sus milpas. Sabemos que la tuza es, de hecho, comestible, pero es un guisado que se ha ido perdiendo. Lo que buscamos fue traspasar el concepto de la trampa, que es todo un mecanismo ingenioso, al plato, para renovar el concepto del animal, del platillo y, por supuesto, de la trampa. Para jugar con el comensal.”

Les pregunto qué respuesta tuvieron entonces. “Los jueces se extrañaban mucho, dice Javier, porque nos decían que un platillo así no podía ser calificado de internacional. Pero fíjate, si se los vendíamos con la idea de lo ‘exótico’ entonces sí nos ponían atención, y a Gustavo y a mí nos daba risa porque, ¡vamos!, ¡qué exótica va a ser una tuza en nuestro pueblo!”

A partir de entonces, sin caer en lo extravagante, han experimentado con esas fusiones, pero lo mismo han trabajado con la armazón de un discurso que deconstruye la gastronomía en la que se formaron.

En primer lugar buscan la oralidad como base creativa. Se nutren de sus raíces, elevan su propia cultura tradicional, pero no hacen sólo etnografía, sino que recorren la profundidad epistémica de lo que la cocina les puede permitir y las herramientas sofisticadas que los gastrónomos aplican para re-presentar los platillos a una dimensión más inter-

nacional. Juegan al juego de las rupturas con bastante atrevimiento. Saben, por ejemplo, que su ensalada no puede competir con los platos fuertes ni llevar la responsabilidad del broche de oro de los postres. Una propuesta así los obligaría a reducir al mínimo el menú, dejando la ensalada como el único plato, o bien, ser muy exigentes con los acompañamientos para que estén a la altura de la propuesta central. Pero desde ahí hay ruptura. No proponen otra cosa que la ensalada, y colocan en ella una carga emotiva y un discurso que se puede argumentar.

Su atractivo visual se basa en una extraña disposición de elementos que no puede encuadrarse con el montaje clásico ni con el minimalismo, caro en la cocina contemporánea. Se monta, sin embargo, siguiendo claramente la pauta simbólica de la regla áurea, el concéntrico vaivén del exterior al interior del plato, del fuera/comensal al dentro/significado. Y al colocar el albríje, lo que consiguen es salirse de la extenuada “textura y altura” que los chefs tanto persiguen, para sugerir un movimiento ascendente prácticamente continuo.

Pocos chefs se atreven con una composición compleja, fuera de los terrenos de lo simétrico; y es entendible, dado que presentan un montaje destinado al consumo inmediato, pues hacen platillos, no propuestas de corte artístico. Cuando los artistas de vanguardia de inicios del siglo XX experimentaron con la gastronomía, se enfrentaron a problemas que hasta hoy siguen irresolubles: ¿cómo considerar arte un objeto destinado al consumo inmediato?, porque, ¿cómo se podría conservar más allá de lo efímero?; ¿hasta qué punto la representación artística choca con las necesidades gastronómicas para no afectar las cualidades organolépticas? Finalmente, muchos tendieron a revirar y usar a la comida para fines artísticos, que no al revés. En el mundo contemporáneo, el *performance* basado en comida (del Eat Art a las experimentaciones de la gastronomía molecular) es más común que una comida de tipo artístico. En el ínterin, en cambio, abundan las reproducciones facilonas, populares y de mal gusto.

De ahí la enorme expectativa de este plato, que se desliga de una gastronomía de inmediatez y, sin recurrir ni intentar hacer tendencia, busca un deleite visual, una



pausa en la degustación, una apropiación, en suma, de lo más artístico que hay en la cocina. En lo personal me recuerda a Kandinsky y a la música serial. Se sale de los cánones, ensaya propuestas gustativas que se aprehenden desde antes con la vista y el olfato, una compostura fuera de la norma y de la gama básica de lo dulce y lo salado para probar con texturas fuertes, con el exceso de color sobre un fondo blanquísimo que anticipa el vacío existencial, lo efímero de toda la creación estética.

La ensalada es un platillo que lanzan ambos chefs en un trabajo de plena correspondencia y entendimiento creativo; cada uno aporta sus obsesiones, pero ambos se encuentran en el balance que persiguen entre la culinaria tradicional y *lo gourmet*, más allá de la intención de apostar por la fusión, por el gusto nuevo de una mezcla que resulta exótica, sorpresiva e invasiva a la garganta. A través de la plática que hemos entablado puedo ver sus aportes discursivos. Gustavo aborda la tarea de mediar las raíces y ahondar lo seminal de la cultura mediante ese elemento que no se puede capturar, pero se percibe: el saber. Saber elegir, saber cortar, saber preparar. Saber agradecer a los depositarios de las recetas. Saber el lugar que se ocupa en la escala de conocimientos culinarios.

Por eso la obstinación de defender sus propuestas a contracorriente de lo ya establecido. Su tuza en un artefacto de madera que sacó del campo lo llevó al proceso de plena descontextualización buscando lenguajes artísticos formales para que no quede todo en la tentativa de la expresión en sí misma, en la “locura” de tantos creativos que no logran aterrizar sus proyectos. Gustavo, como chef, deja ver una urgencia y una lucha contra los lastres de la tradición que lo formó, campirana, folclórica, prehispánica. Para ello contrapuso su herencia con una estancia ilegal como cocinero en Estados Unidos que abrió sus perspectivas del diálogo con lo universal, con los estilos internacionales que no pueden cegarse a la realidad concreta de una región. Pero también está el compromiso con su cultura, y por eso la insistencia de elementos indefinibles pero exactos en la cosmovisión mexicana.

“Muchos años fui bailarín de un grupo de danza folclórica; a veces doy clases con mi mujer. También hice algún día artesanías y me gusta, vamos, experimentar.

He hecho cartonería y trabajado el metal”, dice con una modestia que no sé cómo calificar, pero que sin duda me permite saber de dónde viene la presencia del alebrije, ese engendro de la mente que conjuga pies de cuadrúpedo con alas de ave, picos con garras, escamas con láminas de color. Serpiente emplumada como el antiguo mito de Quetzalcóatl y delirio surreal de una creación que necesita más ojos, más elementos, más disonancia de la realidad para poder expresar una entidad del alma intraducible en signos. “Si recuerdas —me dice—, el alebrije lo hizo un maestro que vivía cerca de La Merced. Un día tuvo un sueño en el que se le aparecían monstruos que le decían ‘alebrije’, ‘alebrije’, y cuando despertó no podía sino trasladar ese sueño a la realidad, y puso manos a la obra.” “¿Por eso incluyen a este ser en la ensalada? —les pregunto—, ¿porque viene de su fantasía?” “No. Porque nos recuerda que es en el ensueño donde pueden surgir las cosas creativas.” “¿Entonces, la ensalada se les ocurrió en un sueño?, ¿eso pretenden decir?” Se toma su tiempo para responder, Javier también interviene: “¿Quién lo sabe? ¡Ni nosotros lo sabemos!”

Las personas comen frugalmente. Les convidan un coctel a base de pulque, maíz rojo y chile guajillo, que causa delicia en los asistentes. Una niña señala insistentemente la gran copa (tiene un diámetro de más de cuarenta centímetros) en la que han preparado agua de mango y de donde van repartiendo los vasos a todos los que ahí estamos. El evento ha marchado con buen ánimo. Platicaron su concepto, un guitarrista amenizó y se pudieron observar unas fotografías antiguas del pueblo, pero lo que más gusto causó fue la apreciación de la ensalada. “No hicimos más que una”, se disculpaban, “¡pero pueden probarla todos!”, repetían casi obsesivamente. Lo cierto es que, igual que con los menús vanguardistas —de Jules Mancaive a Tristán Tzara, lo mismo que con el de Los Hartos de Mathias Goeritz y compañía—, su propuesta no era digerida pero era fotografiada hasta el exceso. En cierta medida era obvio. ¿Cómo o por dónde se podía afrontar su degustación si los ingredientes van dispuestos como una cartografía, pero sin presentar su destino? “Lo que buscamos es que cada ingrediente mantenga lo más íntegramente posible



Taller Anomalía Print Studio: Ruth Acosta, *Nido*, serigrafía y dibujo/papel, 30 × 30 cm, 2015

su capacidad organoléptica”, explica Javier, “pero experimentando a tope con las posibilidades reales de sabor que nos ofrecen los productos comestibles inusuales, como las flores”. A este chef se deben las innovaciones de las salsas, de los productos que pueden verterse a lo digestivo desde lo sugestivo: comer flores es igual a comer colores, comer texturas y aromas. Con las propiedades concretas de cada ingrediente se entiende el proceso creativo y la justificación de llamar Ensalada Ensueño al platillo, porque lo vierte hacia el terreno onírico, que es la posibilidad de indagar en cada uno de los ingredientes como en un universo latente que puede descubrirse. La suma de las partes no es igual al todo, y aquí sucede que cada parte se descubre hacia adentro. Deconstruir

su proceso de elaboración los lleva a otros ingredientes, y éstos a su vez remiten a otros ámbitos como, por ejemplo, el lugar que ocupaban las flores en el jardín de donde fueron tomadas, el simbolismo del jardín, el color y su proceso de formación en las corolas... La ensalada es un mero pretexto para el juego de los significados *ad infinitum*.

¿Pero qué hacen dos muchachos con el arte culinario en un pueblo como Tepetlixpa? Durante el proceso del proyecto me platicaron también de los problemas que enfrenta su comunidad y región. “Hay mucha inseguridad, mucha violencia, mucho asalto, pero lo peor de todo es que no hay formas de expresión ni de ocupación dignas.” No crecen quimeras en su cocina. No van

a transformar su sociedad y en buena medida saben que los asistentes a su muestra seguirán tachándolos de “locos”, pero estos jóvenes chefs son el fermento del proceso de revitalización de la comida tanto a nivel comunidad como región. De ahí que sus ídolos sean los chefs Ricardo Zurita y Enrique Olvera, este último, papa de la gastronomía mexicana en el mundo. “Un día pude hablar con el segundo al mando de Olvera”, me dice emocionado Gustavo, “le hablé de mis propuestas y me dijo que estaban muy bien, pero que debía seguir trabajando, sobre todo porque había muchas personas haciendo méritos en su restaurante para poder aspirar a la cima”. El chef no hizo sino señalarle el largo camino en vías al pontificado.

Pero apenas se conmueve. Hace diez años, incluso hace cinco, un proyecto de esta naturaleza hubiera sido impensable, no sólo por su sofisticación sino por la casi legendaria renuencia a salir de una zona de confort. Pero Javier y Gustavo provienen de la explosión de la gastronomía, de su revalorización como actividad legítima tanto para el comercio como para la expresión artística. Su enfoque es claramente simbiótico y eso los diferencia de otros negocios de la comunidad; además, representan a una generación más ocupada por los procesos creativos que tiene la cocina. No reivindican, sino acaso dan pauta, muestran otras vías para la práctica culinaria y en el camino nos proporcionan el placer de la degustación como acto simbólico y como actividad sibarita. Pero, a través de algo inusitado para este pueblo, hacen ver que el arte tiene más caminos de los que se cree. La gastronomía como arte es un tópico del mundillo de cocinas, restaurantes y chefs, pero es muy difícil asumirla y entenderla. En su evento veía la manera en que se afanaban en la cocina y luego el proceso para montar los platillos; incluso seguí con atención la explicación del montaje, la justificación de sus lenguajes expresivos y el deleite y sorpresa de sus invitados para enfrentarse a una ensalada que más parecía para la foto que para masticar. En ese mismo proceso entiendo que su gastronomía es artística, no por el ornato, por el detalle, por la pretendida sofisticación que es bandera de la gastronomía frente a la cocina cotidiana; lo es por su expresividad, por su incesante búsqueda de trascen-

der el lenguaje propuesto y de transmitir una idea. Las ideas más *naif* de la cocina —también más gustadas y abusadas— tildan el proceso creativo del chef como una ocurrencia cursilona en la que deben “sorprender” al comensal y conectarlo con una dimensión afectiva que le evoque sentimientos facilones; que sea una “comida bonita”, sustentada en valores incuestionables del “gusto”, la “presentación” e incluso de “lo bien hecho”. Se agradece que la propuesta de Javier y Gustavo sea atrevida y difícil, incluso conceptualmente. Que sea agresiva, intuitiva, colorida y simbólica; que no se hayan quedado con un sesgo romántico de perseguir el infinito o cultivar sentimientos individuales válidos en sí mismos. Su propuesta es definitoria de un camino novedoso para las artes y, desde luego, para la comida, haciendo notar que no hay otro arte que permita disfrutar de su elaboración, su exposición y su inmediata degustación como la comida.

Al terminar el evento, los chefs y sus invitados se sientan a conversar. “¿Qué les pareció?”, preguntan ansiosos al grupo de amistades incondicionales. “Muy padre”, “muy bonito”, “interesante”. Lugares comunes que no logran desanimarlos. Les pregunto por lo que sigue en su carrera. “Esperar que alguien entienda que esto no es para cambiar al mundo ni a la gastronomía, pero sí para cambiar sus experiencias.” Los últimos comensales se retiran satisfechos, saben que ahora ya tendrán un nuevo espacio de convivencia en su comunidad. “¿No es difícil competir con propuestas ya establecidas y, digámoslo así, más populares?”, les pregunto. Ambos sonríen. “Bueno, claro, por supuesto. Aquí en la esquina se venden unas tostadas de carnitas que son deliciosas. Luego, cuando no tenemos gente, vamos allá y nos comemos unas”, dicen riéndose, “pero no te creas, tal vez si estuviéramos en la ciudad tendríamos más visión, más clientes, más lana, pero entonces, ¿dónde dejaríamos nuestra propuesta? Éste es un espacio para la expresión creativa y para la cultura” cierran. Los observo. Sé que tienen candor, pero no tanto que los haga ver ilusiones. Incluso si mañana estuvieran trabajando en un restaurante de la ciudad, seguramente seguirían pensando qué hacer con su cultura, su comida y su pueblo. **P**

# Costumbrismo

Josué Osvaldo Arciniega Álvarez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM



**José Osvaldo Arciniega Álvarez** (Ciudad de México, 1977). Cursó estudios de Diseño Gráfico e Iniciación Artística en el INBA. En 2014 obtuvo tres menciones en el certamen Autores UNAM, además de su inclusión en el catálogo; en 2015 obtuvo otra mención en el mismo certamen. Estudia Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.





Las imágenes de esta serie se presentan en la secuencia original. En todos los casos: linografía/papel, 14 x 14 cm, 2015









# Este programa contiene procedimientos quirúrgicos reales

Adrián Chávez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Roxane Gay, *Twelve Stories* (2009), 12: 2, <<http://www.readtwelvestories.com/gay2/>>

Para entretenernos, mi mujer y yo solemos sentarnos a ver documentales sobre las vidas de gente extraordinariamente gorda para sentirnos mejor con nosotros mismos, porque tenemos empleos en los que nos pagan por hora y vivimos en un departamento de mierda y nuestros GED<sup>1</sup> no nos sirvieron para tanto como esperábamos. Obtuvimos los GED porque nos queríamos casar. Nos queríamos casar para tener sexo porque en aquel entonces creíamos en lo que nuestros padres decían sobre ir al infierno si fornicábamos. A esas alturas habíamos hecho de todo menos tener sexo y sabíamos que el rumbo de nuestras almas corría grave peligro si no hacíamos algo drástico. Nuestros padres decían que no podíamos casarnos hasta que no tuviéramos certificados de preparatoria porque éramos demasiado jóvenes y necesitábamos una educación suficientemente sólida antes de ser capaces de tomar decisiones de adultos y nosotros pensamos que estaban delirando dado que íbamos a la escuela todos los días y sabíamos que no enseñaban un carajo. Les dimos una lección mudándonos de estado para casarnos. Pero entonces resultó que el sexo no fue la gran cosa y que encontrábamos puros trabajos de servicio al cliente, y ahora ya aceptamos el hecho de que es lo mejor a lo que podemos aspirar.

Vemos a la gente extraordinariamente gorda explicar con lágrimas en los ojos que llegaron a pesar mil libras, que fue como una rampa resbaladiza, que probaron dietas, que ahora están varados en sus camas llenas de suciedad y hubo que extirparlos de sus casas y llevarlos a un hospital especial para gordos para practicarles una cirugía de emergencia, con ayuda de un equipo SWAT especial para gordos, con espaldas fuertes y guantes de látex y caras muy serias.

La mejor parte de los documentales es cuando los profesionales médicos hablan de los gordos como si los comprendieran, como si simpatizaran, como si todo fuera normal, cuando uno sabe que, al llegar a sus casas, esos doctores y esas enfermeras se sientan en la cama a llorar, a comerse un bote de helado, a preguntarse cómo es que suceden tragedias así. La esposa y yo nos reímos cuando los doctores usan la palabra

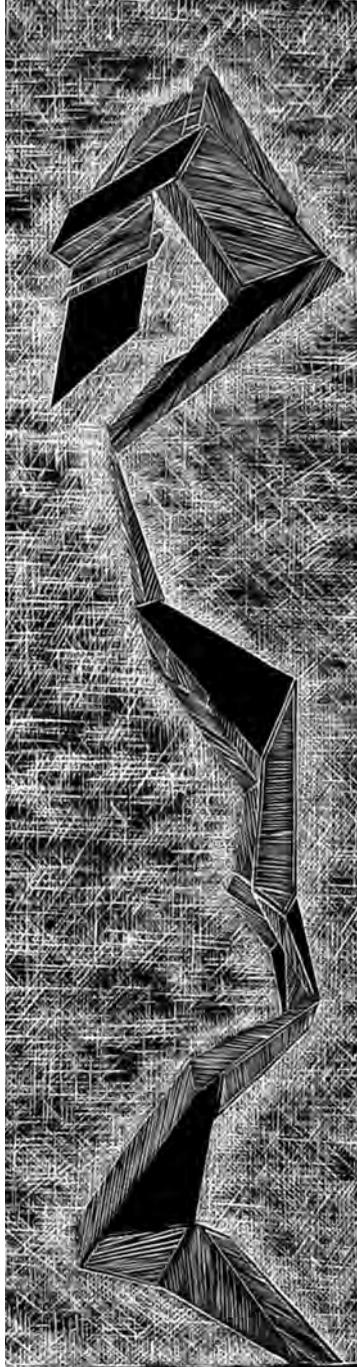
Nota: Esta traducción fue realizada con permiso de la autora.

<sup>1</sup> El *General Educational Development Test* (Examen de Desarrollo de Educación General) es una certificación equivalente al nivel preparatoria en Estados Unidos y Canadá, aplicable a quienes no obtuvieron el certificado por los cursos regulares (N. del T.).

**Adrián Chávez** (Estado de México, 1989). Es escritor y traductor, autor de *Señales de vida* (Fá Editorial, 2015); es coordinador editorial de la revista electrónica *La Hoja de Arena* y actualmente becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en el área de Novela. Es egresado de la licenciatura en Interpretación por el Instituto Superior de Intérpretes y Traductores, y de Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM.

“impactante” o cuando el gordo dice “dejé que las cosas se me salieran de las manos”. Toda la semana repetimos esa frase tanto como podemos y reímos sin ningún control. Por ejemplo, yo regreso del trabajo muy tarde y la esposa está sentada en la mesa de la cocina esperando y está algo irritada porque se tomó el tiempo de poner una lasaña de paquetito en el horno y de calentar en el microondas algunos brócolis congelados, así que le digo que “dejé que las cosas se me salieran de las manos”. Ella intenta reprimir una sonrisa, y entonces sus mejillas se crispan y empieza a temblar y luego los dos nos carcajamos tanto que se nos salen los mocos y lloramos de la risa y a ella se le olvida que llegué tarde y ya no pasa la siguiente hora interrogándome por el olor a cigarro en mi camisa aun cuando ambos sabemos que me retrasé porque vi a mi mejor amigo —a quien odia sobre todo porque él sí terminó la preparatoria y es soltero— y me tomé un par de cervezas en el bar de su propiedad.

El sexo entre la esposa y yo ha ido mejorando de forma significativa en los últimos siete años. Creo que comenzamos a resentir cada vez menos habernos casado a los diecisiete. Después de ver los documentales de gente extraordinariamente gorda, me coge como si estuviera audicionando para ser estrella porno y me dice que le da un chingo de gusto que nosotros seamos flacos y que hayamos tenido familias que nos quisieron lo suficiente para no alimentarnos como cerdos y yo le digo a ella que a mí me da un chingo de gusto que seamos flacos y le chupo los pezones y me pongo más creativo y ambos gemimos y jadeamos y yo quiero que el momento dure así que pienso en el pobre pendejo que necesita la ayuda de un equipo de fisioterapeutas para bañarse y en cómo gruñe de dolor cuando tiran de sus pliegues y sus extraños depósitos de grasa, todo para no venirme todavía. Las mañanas posteriores al sexo de gratitud por no ser gordos, la esposa y yo nos tenemos cierto odio, así que no nos hablamos y hacemos tan poco contacto visual como sea posible. En cambio, avanzamos en silencio por entre las rutinas mañaneras tratando de evaluar los posibles daños causados. Ella se cepilla los dientes y se da un baño y se rasura las piernas y se termina el agua caliente y deja pelos minúsculos alrededor de la coladera y se enchina el cabello y se maquilla y se le olvida ponerle la tapa al rímel. Durante todo ese tiempo yo estoy sentado en el excusado fingiendo leer una revista, pero en realidad estoy mirando su cuerpo desnudo porque ella está más buena que yo. Pone el café; lo hace muy fuerte, justo como no me gusta a mí, llena su termo de viaje, se va a su trabajo de recepcionista



en un salón de belleza, y yo paso más o menos una hora en el departamento viendo el Home Shopping Network hasta que llega la hora de irme a trabajar en un centro de copiado donde paso el día apretando los botones de una máquina Xerox.

En los documentales de gente extraordinariamente gorda llega un momento en el que un cirujano debe recortar pedazos del vientre o la parte superior del muslo, y el gordo está ahí recostado en la mesa de operaciones, vulnerable y abierto de piernas y brazos. El cirujano tiene implementos especiales para extender y jalar y diseccionar. Luego levanta triunfante los trozos extirpados, sangrantes, y dice en voz alta cuánto pesan. Todos en la sala resuellan como enloquecidos. Es dolorosamente obvio que están excitados y da la impresión de que, una vez que terminen de hacerle a la Mary Shelley y cosan todas las partes del paciente, uno de esos cirujanos va a llevarse a una o más de esas enfermeras a una bodega para tener sexo de gratitud por no ser gordos. A la esposa no le gusta ver las cirugías; dice que son carnicería humana. Se marea si ve sangre, no le gusta ni siquiera cambiar sus propios tampones. Así que, cuando vemos los procedimientos quirúrgicos, se tapa los ojos y entierra la cabeza en mi hombro, y yo le narro con lujo de detalle cómo la grasa es amarilla y serpentina y pulposa y escurridiza y cómo avientan los pedazos extirpados en bolsas para residuos biológicos peligrosos. Después especulamos sobre lo que les sucederá a los depósitos de grasa muerta de la gente extraordinariamente gorda y se nos ocurre que estaría bien que hicieran una ceremonia para enterrarlos en el patio de sus casas como hacen los niños con las mascotas muertas.

Una de esas noches en las que vemos los documentales, la esposa volteo y me dice:

—Esas historias no tienen finales felices.

Y se bebe la mitad de mi cerveza. Parece que está a punto de llorar y entonces yo siento que yo estoy a punto de llorar pensando en esa gente tan grande viviendo vidas tan pequeñas, tan imposibles, así que digo:

—Es un final feliz que salgan en silla de ruedas del hospital pesando solamente quinientas libras, y que regresen a su casa a sentarse en su silla especial, donde sus seres queridos los alimentarán igual que siempre los han alimentado, para que en tres años pesen una tonelada otra vez y nosotros podamos ver otro documental.

Y con lágrimas en los ojos mi esposa gatea hasta mi regazo, se monta en mí, y toma mi cara entre sus manos y dice:

—Te amo un chingo. ♡

# Diario de una vieja loca (fragmento)

Rocío Ugalde

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Umar Timol, *Le journal d'une vieille folle*, L'Harmattan, París, 2012, pp. 11-19.

*11 de enero*

Soy un cliché.

Ante todo, cliché exótico, pues después de vivir por treinta años en París, me sueltan, con la regularidad de un metrónomo, las mismas preguntas y los mismos comentarios. Entonces, usted viene de allá. Debe ser hermoso, espléndido, ¿por qué vivir aquí si su isla es tan hermosa? Yo sueño con ir allá, descansar bajo ese sol hermoso de los trópicos, permítame decir, señora, que usted posee el encanto y la dulzura de la gente de allá. Sí, eso es, usted es gentil y encantadora, es lo que ven en mí, soy la extranjera, la que viene de otra parte, cuando yo soy como ustedes, mucho más de lo que creen, cuando estoy llena de esta misma mierda que pulula en los bajos fondos de sus propios sueños fallidos.

Luego, cliché miserabilista que se manifiesta por lo general después de algunos tragos de alcohol cuando uno se sonroja y está apenado y no sabe bien lo que dice o más bien sí; cuando uno se deja llevar diciendo lo que uno piensa realmente: que sí, allá hay cocoteros, y vaya que los indígenas son felices, se divierten a cada momento. Eso es, la famosa flojera de las islas, el tiempo, el sol indolente que da ganas de soñar y dormir, por fortuna llegamos a civilizarlos.

Cliché también pues estoy en el promedio del promedio. Vivo en un departamento miserable en los suburbios de la gran capital. No vale la pena describirlo. Basta con saber que esparce la peste de la mediocridad. No soy rica ni pobre, ni hermosa, ni fea, ni inteligente, ni tonta. No soy nada. Pero eso hay que evitar decirlo. Vivimos en la era de lo positivo. Hay que positivizar. El mundo está

mal. Disponemos de suficientes bombas para enviarnos a los infiernos pero hay que positivizar. Por tanto, yo positivizo. No soy nada, sin embargo, positivizo.

Cliché pues soy una mujer vieja y se supone que una anciana debe saber comportarse en sociedad. Hay que comportarse, querida. Por ejemplo, no debe ponerse a gritar que se muere de miedo ante la idea de la muerte. Tampoco debe decir que no tiene ganas en absoluto de jugar con sus nietos. De todas maneras, no tengo nietos. Debe hacerse chiquita, encogerse, como una bacinica, pero no, disculpen esta grosería, sería entonces como un florero del que nos queremos deshacer, pero no lo logramos porque sentimos nostalgia por las antigüedades. Allá, en mi isla, queremos a los ancianos, sobre todo cuando tienen suficientes tierras para alimentar a varias generaciones de herederos. Aquí, dado que es la civilización, los entregan a lo que llaman púdicamente una casa de reposo. Extraña mojiatería cuando saben que pasan sus días en pañales repletos de pipí y mierda.

Cliché pues soy una mujer predecible en un cuerpo predecible, en un lugar predecible, en una sociedad aseptizada, que ha evacuado la violencia, que vende sueños prefabricados a las masas, que cree engañar a la muerte con sus desenfrenos de consumo. Vivimos en la era de la banalidad. La prosperidad nos ha vuelto sosos. Soy una mujer predecible en una sociedad de lo predecible.

Soy un cliché porque a todas luces odio a mi marido. Lo contrario sin duda habría sorprendido. ¿Acaso es posible amar aún a su cónyuge después de treinta años de vida en pareja? La pregunta amerita plantearse. Y decir que por culpa de este imbécil abandoné la maravillosa isla exótica y a mis padres para venir a vivir aquí, pero en



Taller La Trampa Gráfica: Saúl Gómez, *Remoción 1*, huecograbado en placa de trovicel, 50 × 82 cm, 2013

aquel tiempo, para ser completamente honesta, creí: en ir allá, a la tierra de la cultura, reinventarse, convertirse en otra, y creí en su charlatanería, sus discursos; creía con el fervor del nuevo creyente, antes de perder la fe de manera inevitable y reconciliarme con la mediocridad infinita de, y aquí una vez más soy cortés, de mi querido, muy querido esposo. Nunca hay que subestimar el fervor de los creyentes que se convierten al ateísmo.

Soy entonces un cliché, pero he decidido, último combate de unaseudoguerrera, trabajar desde hoy, un día para marcar con una piedra negra, en escribir un diario. Les advierto que no he descubierto esta idea en quién sabe qué revista de mujeres, que difunde sus tontas influencias en papel brillante, sino al leer una obra de un

gran escritor, de cuyo nombre ya no me acuerdo. Es necesario precisar que soy una intelectual. Entonces voy a diseccionar, analizar, desmenuzar mi pequeña vida miserable, no para hacer una obra de arte porque no sé escribir, ni porque sueñe con alguna posteridad —¿acaso los clichés tienen derecho a la posteridad?, la pregunta amerita plantearse—, sino, sencillamente porque intentaré comprenderme, sí, a mí, la vieja loca, penetrar en los recovecos de mi alma podrida, como se dice correctamente, parecería que escuchamos a una poetisa, y sobre todo por una razón mucho más prosaica que es ésta: desahogarme, sí, tengo ganas de desahogarme, de pasármela genial.

Veremos bien lo que sucederá. Cliché o no.

**Rocío Ugalde** (Ciudad de México, 1991). Traductora literaria, licenciada en Letras Francesas por la UNAM y estudiante de maestría en Literatura comparada en la misma institución. Becaria del Centro Internacional de Traducción Literaria de Banff, Canadá (2013). Ha traducido *La Higuera encantada* de Marco Micone (UNAM, 2014), *Las silenciosas islas Chagos* de Shenaz Patel (UNAM, 2016); los poemarios *52 fragmentos para la amada* de Umar Timol (edición bilingüe, L'Harmattan, 2016) y *La otra voz de Claude Beausoleil* (Floriscanto, 2016). Colaboró en la selección de textos, traducción de varios fragmentos, corrección, revisión y pre-edición general de la nueva antología de más de cincuenta escritores contemporáneos en lengua francesa, dirigida por Laura López Morales, que en 2017 publicará el Fondo de Cultura Económica.

*13 de enero*

Es tarde. No logro dormir. Allá, en la cama, está mi esposo, cuya presencia está santificada por el matrimonio. Mi querido, muy amado esposo. Su gran vientre expira un aliento fétido. No puedo evitar odiarlo. Está más allá de mis fuerzas.

Pero observarlo al menos. No dejar de observarte. Cuerpo gordo que sufre los caprichos del tiempo. Cuerpo distendido que pronto se deshará en una tumba. ¿Con qué sueña un hombre de sesenta años? ¿Con los hijos que no tuvo? ¿Con las zorras en adelante inaccesibles? ¿Con la derrota que se anuncia? ¿Con qué sueñas? ¿Conmigo? ¿Aún me amas? ¿Acaso me encuentras deseable, excitante? ¿O acaso tus sueños son grises y tristes, sueños de un hombre viejo?

No es importante.

Hace treinta años que vivimos juntos y no tengo muchos reproches que hacerte más que tus breves crisis de enojo. Eres lo que eres, ni mejor ni peor que los demás. Te despiertas a las seis en punto cada mañana y regresas del trabajo a las seis en punto de la tarde. Tienes tus costumbres de vejistorio, los encuentros, los sábados, con los buenos amigos que recuerdan el pasado, el partido del domingo por la tarde con una cerveza en mano y un balón de fútbol en tu minúsculo cerebro, no te gusta hacer el quehacer, pero dado que te jactas de ser “un buen marido”, a veces pasas la aspiradora, me haces el amor religiosamente los sábados y sueltas obviamente al final de la noche los comentarios insípidos acerca de la política, que siempre terminan con un “todos son iguales”. Quedan desde luego los residuos de

tu ambición grotesca, que me sedujo en un principio, tu supuesta voluntad de actuar correctamente, tu disciplina de hierro, tu mente cuadrada y determinada, esta ambición que te vuelve sordo a todo excepto a tu egoísmo, pero treinta años de semifracasos sirvieron para reducirla al estado de mucosidad. Así, el Señor al cabo de treinta años de un combate encarnizado es el director de una agencia de viajes.

¡Qué maravilloso éxito! Hasta dan ganas de llorar.

En el fondo, el carácter trágico de mi situación se debe a que eres un hombre bueno, si por bueno entiendo que no eres el depositario de los defectos ordinarios de los demás hombres. No bebes, no fumas, no corres detrás de las minifaldas, de todas maneras, me sorprendería que pudieras seducir mujeres a partir de ahora con tu *look* de tacaño loco y alcohólico. En suma, eres un hombre bueno, pero mediocre. Desde luego, no es tu culpa, no puedo criticarte, después de todo elegí casarme contigo. Sin embargo, tú eres tú, inevitablemente tú. Da igual. En las revistas de mujeres, esas verdaderas odas a la inteligencia, cuando no demuestran las virtudes de la infidelidad, nos enseñan a amar a nuestros esposos, a quererlos. Lo intenté, imagínate, pero en vano.

Eres esta roca que existe desde hace millones de años, impávida, paralizada en la mediocridad.

Y te odio. Y no puedo hacer nada.

Pero eso no importa. Debo dormir.

Dormir, pues. El sueño tranquilo de los bienaventurados, de aquellos que no se hacen preguntas, de aquellos que no tienen remordimientos.

Ganas también, siempre, de cortar mi piel con mi pequeña navaja para que terminen mis infiernos.

Pero me gusta la noche.

Es un lugar tranquilo. Estoy en el ojo del ciclón. La calma llana, absoluta. Aquí nada puede ocurrirme. Tocarme, matarme. La noche me envuelve y me protege.

Estoy a salvo.

De él. De mi pasado. De todo.

Doy vueltas cada noche a la misma letanía. Tal vez mañana será otro día. Pero no lo creo.

14 de enero

Son las seis de la mañana. Acaba de marcharse. Es un hombre fuerte y estoico, al menos es lo que él cree. Su lema es muy simple: un hombre trabaja duro o cierra el pico. Es necesario entonces sobarse el lomo, fijarse metas, ir siempre más lejos. Hay que ampliar sus propios límites. Odia a los llorones, los valemadristas. ¿Acaso soy fiel, a su parecer, a la hermandad de los miserables o acaso el verdadero miserable en la historia es él?

Nadie lo sabe.

Antes de irse, me dio un beso en la frente, sin duda para calmar su conciencia. Se vacía de su mierda a diario. E incluso dos veces al día.

Me busco en el espejo. Ritual matutino. Me observo, me escudriño. Ya no soy hermosa, lo sé. Mi rostro ahora es un pergamino de arrugas.

Y además, ¿a quién le importa tu rostro?, ¿no es tiempo de que dejes tu jueguito narcisista? ¿No te basta con saber que eres fea y que tu vida está jodida?

¿Quién eres entonces vieja loca? ¿Quién eres?

En mí titubea una emoción distante: ganas de ser hermosa, de provocar el deseo, ganas terribles de halagos, ganas de flores, de ramos, ganas del romanticismo anticuado del amor a los dieciocho años.

Tengo ganas de tantas cosas. Pero en el espejo, este rostro artificial, este rostro cadavérico.

En adelante, ya nada podrá alterarlo.

¿Cómo te atreves a soñar, acaso nunca aprendes? ¿Cómo te atreves?



Taller Anomalía Print Studio: Lars Wunderlich, *Sin título*, serigrafía/papel, 53 x 36 cm, 2013

14 de enero

Las diez. Empieza mi largo recorrido cotidiano en el metro. Me deshago por fin de las ataduras de la razón. Sólo soy un tornillo en las entrañas del monstruo mecánico. Aquí reina el más perfecto anonimato. No hay necesidad de parecer. No hay necesidad de ser. Me dejo disolver, que la multitud me arrastre, me lleve.

Y aguardo. Soy paciente.

Espero una mirada, de un hombre, una mujer, que me probará que soy hermosa.

Tengo ganas de percibir en la mirada del otro una luz, luz amplia y bella, luz que me escudriñe y me enaltezca.

Necesito este deseo para existir. Lo necesito.

Necesito una mirada. Sólo una mirada. Y luego regresaré a casa. Lo prometo.

Y aguardo. Pero nadie me ve. Soy un don nadie. No existo.

En los ojos, un silencio. Silencio que enuncia las preocupaciones y el tedio.

Entonces me encierro en mi cuerpo, aguardando poder, dentro de un momento, herirme con mi navaja, mi navajita.

No existo.

14 de enero

Estoy en mi recámara. Vivimos en un departamento, en los suburbios de la capital, el lugar sin duda más insignificante de París, pero que conviene a mi vida grandilocuente. Uno se topa con todos los chiflados de la tierra: desempleados, indocumentados y pobres no del todo pobres, los que se estancan en las aguas turbias de lo patético y de la mediocridad. Uno se topa también con tontos que no son realmente tontos, cuyo gran líder, el gran timonel, es mi marido.

Mi esposo, gran timonel, qué bonita broma. **P**





# Dos poemas

Nadia López García

## El ciruelo

I

El ciruelo había resistido la sequía, el casi eterno vendaval, e incluso aquella plaga de roya, herencia de diminutos hongos que en él encontraron vida y sustento.

Pese a ello, y con obstinación de roble, permaneció en pie, sin fruto alguno y con hojas negras salpicadas de enfermedad.

La roya que robó al ciruelo su verde algarabía hizo de él un trebejo de entretenimiento para las niñas que ahí fuimos. Quizá por ello mi madre —en contra de su obsesión por llenar la casa sólo de árboles majestuosos y fuertes— le concedió más vida.

El ciruelo, anclado en aquella agudeza esquinal, nunca se quejó. Durante meses hizo frente a las malquerencias de ella y las travesuras de nosotras; recuerdo las hendiduras de victorias y derrotas que apuntamos en su cuerpo, la corteza casi lisa, signo de nuestros pies que hicieron de él un barco encallado, una oscilante fortaleza; a la que trepamos en eternos juegos que yo lanzaba no por ser la más sagaz, ni la más viva; todo lo contrario.

II

En la cercanía con ese árbol, con el negro en sus hojas, vislumbraba un consuelo para la extrañeza que me causaba ver mi piel en el espejo de cuerpo entero en aquellas exploraciones matutinas, buscando el asomo, la irrupción de nuevas manchas: bloques de sangre congelados que develaban la deficiencia de la misma. La alteración de la médula ósea que en su trayecto se olvidó de abastecer con diligencia —al cuerpo que le fue confiado—

de aquellas diminutas y tan problemáticas plaquetas, causantes de inacabables hemorragias externas y hematomas que se anidaron bajo mi piel.

Días de ese olor incierto —pero no lejano— a muerte que se instaló en la cabecera de mi cama, la tristeza de mi pequeña cómplice de juegos y el coraje de mi madre por no poder erradicar todas las enfermedades de su casa bastaron: el ciruelo fue derribado.

### III

No sobra decir que cuando estuve en pie odié al ciruelo, lo desprecié por no haber resistido la mano de mi madre, por no ser más espejo y refugio de mi cuerpo, por ser árbol y no quedarse.

### IV

En este patio ya añoso pienso en el ciruelo, en la bondad de sus hojas negruzcas que nunca antes le agradecí, en ese rumor vertical que fue y por el que ahora me nace un charco de culpa, en la mirada.

## Los zapatos

Siguen en la misma caja  
resistieron el tiempo, las mudanzas,  
el abandono y su ira.

Los recorre con la vista  
con sus dedos toca las suelas,  
las correas, el intacto negro.  
Aún recuerda la escena;  
apenas ocho años y largas trenzas,  
apenas los juegos y la presunción:  
acomodó sus pies de tal forma  
que cupieran en ese par de zapatos  
brillosos de pulcritud, el triunfo  
de semanas de súplica a sus padres.

Nadie sospechó que la felicidad  
es una tragedia contenida,  
mucho menos ella y su mala costumbre  
de aspirar a tenerlo todo:  
la gama completa de colores,  
los mapas de toda la república,  
el primer par de zapatos  
entre las amigas de “a huarache”.

Llenó los patios de la escuela  
y las calles del pueblo con sus pasos  
negros de charol, cual reina sin trono,  
horas de sendas sin misericordia  
de pausas para que las amigas  
se turnaran para verlos.  
Sintió que lo poseía todo,  
que lo merecía todo, aunque los pies

le sangraran, aunque sintiera formarse  
debajo del charol  
lacerantes ampollas que no quiso  
mermar a su tiempo, callos  
gruesos y endurecidos  
que prefirió mantener en sus pies  
a no ser el apabullante asombro  
de todas.

Nunca le perdonó al par de charol  
que el encanto no durara más días,  
que deformaran sus pies con abundantes  
bulbos que ve con vergüenza y coraje.  
Aun así los limpia y guarda  
en su caja, deseando regresar  
a esos días, los únicos, en los que fue  
la maravilla andante.

Todos saben que la gloria nace  
de un sacrificio, sobre todo ella  
y su mala costumbre  
de deseárselo todo.

**Nadia López García** (Oaxaca, 1992). Ha publicado poemas en diferentes medios nacionales e internacionales. Colabora en la organización del Primer Encuentro Mundial de Poesía de los Pueblos Indígenas. Traduce del español al mixteco para la *Enciclopedia de la literatura en México* y es becaria en el área de Poesía de la Fundación para las Letras Mexicanas.

# Nueve poemas\*

Fernando Trejo

## Yo he sido el único cliente de Ricardo

*No hay tristes que sean pendejos.*

Ricardo Castillo

Una vez, de niño, en el jardín de un santuario conocí a un poeta que era un triste pendejo. Sentado en una silla frente a una máquina de escribir gritaba: ¡sólo se cobra el papel! Llamó mi atención, además, su playera que decía “Poeta”. Me acerqué y le dije que hiciera un poema sobre él. El hombre, que después supe se llamaba Ricardo, hizo algunos gestos. De su morral sacó un brandy, arrancó la hoja de papel y nos fuimos a emborrachar.

## Muchachas de la Condesa

Alguna vez vi una película donde un hombre ofrecía hojas de papel a cambio de unos tacos. Eso es mendigar. La poesía no se intercambia. Quién va a querer un poema. Pero en la Condesa se han acercado a mí algunas muchachas para desvestirme, tomar mi falo y orarle como si, de veras, la dureza de Dios estuviera en la punta de mi glande. Tengo que bendecirlas mientras un cardumen de semen les atraviesa la garganta.

\* Extraídos de *Ciervos* (Atrasalante, 2015).

## Afuera de la Casa del Poeta Ramón López Velarde

*Estoy viendo en el ojo de una tormenta.* Escribo y recorro la línea del metro. Paro en la Roma, leo “Casa del Poeta Ramón López Velarde”. ¡Ah!, que lean sus fragmentos. Que partan un verso para ver si sangra. Escribo desde mi lengua con tijeras en completa autonomía. Se asoman los poetas por la terraza para echar óleos de pulmón. Dios baja a bendecirlos con un toque de humo. Les palmea la espalda con su traje de lana. Y les da otra oportunidad.

## Me llaman Jack

*Me aventé del cuarto piso, y me detuvo la mano de Dios.  
Me arrolló un coche, y me detuvo la mano de Dios.*

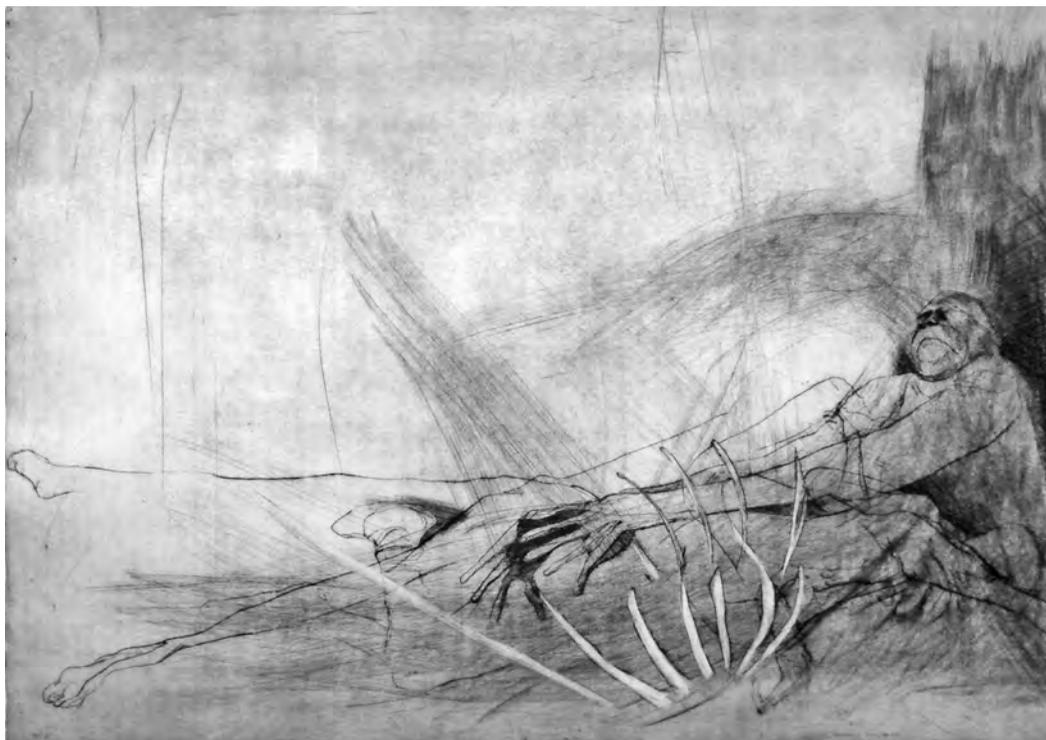
José Luis Calva Zepeda

En el camino un par de zapatos. Los calzo y adopto al instante cierta piel, tales movimientos. Soy Jack. Me digo desde mí. Es de noche y Londres se sostiene en duermela. Una densa niebla cubre mi vista más allá de mis manos. En la nariz un dulce olor a moscas zumba y me llama. Al fondo, como un lienzo, trazos de luz: ocre y gris. Palmo las trenzas de una dama y entonces dos fardos de pintura bañan la total oscuridad. Un hombre baja por una escalera que ha formado la neblina y me obsequia un pincel. Su mango de madera cabe perfecto entre mis dedos. ¡Jack!, grita un ruido en algún callejón. Intuyo que es un callejón por la sonoridad del eco. Y el grito se repite una y otra vez hasta paladear. Es ella: la contemplo como un Jack sin preámbulos y se desviste como un ángel mientras se mantiene a unos centímetros del piso. Mis zapatos atrofian la belleza del silencio al zurcir los tacones al suelo en cada paso. La pinto, bella, en su aureola reflejante. Soy un magnífico artista, la he tallado idéntica en el vaho gris. Poco a poco, hacia atrás, otra vez hacia atrás mis huesos truenan, se quiebran. Estoy sentado en mi departamento. Tocan a mi puerta. El ángel hierve y salto como me ha enseñado Dios.

## El más culpable de tus males

Dios, permítele al soldado norteamericano que desvistió a mamá brillar en su trinchera. Anúnciate como un petardo en medio de sus ojos. Incrústate como el beso que la madre pondría en la boca de su hambre, lineal y fulminante cual bala disparada. Pero antes acércate a sus ojos y repara tus gastos. Verás en él la luz. En cada estación que has creado se han de caer tus lágrimas de los árboles porque asentirás estas palabras. Las botas del soldado perforaron tu nombre en nombre mío. El aire se empuñará con su ruido de metales para darte, en el mentón, un limpio golpe. Merezco, señor y dador de muerte, un lienzo firmado por tus ángeles desollados porque en tu nombre está escrita la vida de todos los infiernos. Yo soy el infierno. Por eso debes permitirle a ese soldado norteamericano que abra su mandíbula y se trague a sí mismo, mastique sus huesos, se digiera. Porque van a estudiar ese flechazo de semen que navegó en el vientre de mi madre. Porque yo soy esa flecha de bondad en tu gastado silencio. Yo soy esa noción de lumbre en la quemada soledad de tu misterio. Soy el más diablo de los dioses y te arranco de la cruz, el nombre.

Taller Cuervo Negro. José Porras, *Tierra caliente*, punta seca sobre aluminio/  
papel, 76 x 112 cm, 2016



## Consejos prácticos

Acostarse con putas es la más grande de todas las respuestas. Otorga sobriedad, valor. Acostarse con putas como respuesta es una estatua de la libertad. Cuando alguien edifique un artificio que apunte sobre ti, cuando algo te señale con un láser sobre la sien, cuando una máquina de preguntas te construya una imagen tan falsa como la sonrisa de McDonald's, sólo abre bien la boca y desde el hedor más perverso de tu cuerpo, di: siempre me ha gustado acostarme con putas. Nada sé de las víctimas. Y avienta los papeles al aire a manera de triunfo, y quítale las medias a la muerte.

## Los días de triunfo

A las afueras de Graz, un grupo de excursionistas juega a trazar la tierra con sus manos. El juego les permite descalzarse, se besan en lo frío. Una muchacha cae y encuentra la mandíbula de Schempf. La huelo desde un fino bar inglés en Long Beach. Mi escolta policial es una escuela de torpes que han masticado tabaco y olfateado el culo de sus esposas. No saben cómo el olor se adhiere entero con los puños cerrados, con los ojos cerrados, con las lenguas erradas. L.A. se viene en la sospecha de mi sombra y me abundo de mí, tantísimo que me celebro, rotundo, al enroscar unas calcetas en el blanquísimo cuello de Sherri Ann Long, que me palpita.

## Desde el Asilo Broadmoor para Criminales Lunáticos

Disculpe usted, Señor Dadd. No habría conseguido lo que soy de no ser por su blandura de cepa. Estos últimos días he estado pintando largos trazos de aliento para ver más allá del aire. Camino en las mañanas, me detengo frente a árboles a contemplar su belleza hosca, me desnudo frente a damas que se abaten en la abertura de la música. Los árboles dan música, se abren como pájaros al mar de donde llueve. La risa de Dios mueve las cortinas de Broadmoor y se cuela su voz por la ventana. Logro ver el aire.



Taller La Trampa Gráfica: Saúl Gómez, *Remoción 3*, huecograbado en placa de trovicel, 50 x 82 cm, 2013

## El leñador sostiene un hacha

Voy a pintar un cuadro donde un hombre soporte un hacha. El hombre será un leñador que soporte un hacha. Gnomos y hadas en el submundo del leñador que soporta el hacha lo observarán. Sombrío. Lianas y arbustos. La música abierta. Flores muertas de tan blancas. Naceré ahí, en el golpe. Un hombre observará, dos hombres observarán. La mirada es una línea que sostienen mis hadas. El duende tiene miedo de mí. Sus ojos me ven tanto al oído que lo escucho. El leñador está a punto de quebrar el aire nueve años después. Fin. Cae el hacha sobre Robert Dadd. Parto en dos su cráneo. El lienzo tiene mi firma.

**Fernando Trejo** (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. 1985). Es comunicólogo, actor de teatro y poeta. Ha publicado, entre otros libros, *Círculo amor*, *Raíces de un sueño*, *¿Adónde van las palabras?*, *Cuaderno invertebrado* (Premio Juegos Florales San Marcos 2006), *Travelling*, *Bérsame* (Premio Regional de Poesía Ydalio Huerta Escalante 2008), *Las alas de mis ensañaciones que son pájaros* (Premio de Literatura Joven Max Rojas 2011), *Solana* (mención honorífica Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2014), *Ciervos* (Premio de Poesía Inédita Enoch Cancino Casahonda 2014) y *Base Atenas* (Premio Centroamericano de Poesía Rodolfo Figueroa 2015, en prensa). Ha obtenido el Premio Municipal de la Juventud 2007 y el Premio Estatal de la Juventud 2009, en el área de poesía. Ha sido becario del PECDA en 2005 y 2008, así como del Centro de las Artes de San Agustín Etlá, Oaxaca, en 2007, y del Imcine en 2010. Su obra aparece en diversas antologías y revistas de México, Perú, España, Colombia, Argentina y Puerto Rico. Dirige el Encuentro Nacional de Escritores Carruaje de Pájaros y conduce el programa de radio homónimo por la 102.5 FM (<<http://radio.unicach.mx>>) en su ciudad natal todos los viernes a las veinte horas.

# Nacencia (fragmentos)

Javier Taboada

1

bajo la capa honda  
de la roca  
magma y lava  
aún dormida

en la inquietud  
de lo no visto  
presentirnos

sospechar  
cómo cruza  
su propio campo  
la materia

el misterio  
de la encarnación

2

grito de luz  
y estallido  
fiero aletear  
de un ave múltiple  
parvada de dimensiones  
o grieta



Taller T.A.C.O.: Daniel Coronel. *Open Happiness*, aguafinta/papel, 46 x 34,4 cm, 2014

en el tiempo  
 espacio  
 en el amor  
 que se distingue

grito de luz  
 y dolencia  
 asunción de aguas  
 separadas

sobre el aire  
 una palabra  
 tu cuerpo  
 tus dedos sujetos  
 en mi mano  
 un mundo  
 que comienza

3

grito de luz  
 arrojado a la sombra  
 no ciego  
 vencido

luz de amanecida  
 que irremediablemente  
 se cierra

entre grises y perfiles  
 deformados  
 abrirse  
 a la soledad  
 a la penumbra  
 la primera llaga  
*en la médula*

*de toda floración* | CH. WRIGHT

matriz  
por nacer  
de otro cuerpo

4

sin rozar ya la piel  
tu primer reflejo  
prensil  
corta el aire  
sin límites

un movimiento  
de los dedos  
inaugura la vida  
traducir un mundo  
distinto seco

aquí ningún sonido  
perdura  
sólo reverbera

*tu madre llama* | M. SANLÚCAR

su voz ya no es  
su voz  
una correspondencia  
rota  
no hallarla  
en ti mismo

decir ya no es  
estar adentro  
no encontrarse  
en el flotar  
sino en la caída

5

una marca  
 un lunar en el muslo  
 en la anomalía  
 un código  
 azar  
 o contradicción  
 que nos conforma

condensación del ser  
 en tres letras  
 el color  
 de la pupila  
 la dureza  
 de los dientes  
 el momento de morir

*las señales del cielo  
 nada dicen* | D. Nick  
 refracciones  
 de una imagen  
 y miedo al futuro

en su desdoblamiento  
 tu nombre  
 tu tiempo contenido  
 tu aspecto  
 sin mudanza

*cada célula  
 tiene un alma  
 adentro suyo* | A. VOZNESENKY



Taller La Trampa Gráfica: Rubén Morales Lara, *Reflejo*, grabado en trovicel, 110 × 73 cm, 2015

**Javier Taboada** (Ciudad de México, 1982). Es maestro en Letras Clásicas por la UNAM, poeta y traductor del inglés y del griego antiguo. Ha traducido a Alceo de Mitilene, Jerome Rothenberg y Anne Waldman, entre otros. Se ha desempeñado como traductor de materiales en inglés para el Festival de Poesía en Voz Alta de Casa del Lago y como docente en la Escuela de Escritores de la Sogem. Es autor de *Poemas de botica*. Su trabajo ha sido publicado en revistas nacionales e internacionales.

# Huellas

Aldo Rosales

*El ojo no ve cosas sino figuras de cosas  
que significan otras cosas.*

Ítalo Calvino  
*Las ciudades invisibles*

1

Hace un par de semanas, al regresar de casa de un amigo, tuve que usar el metro para llegar al tren suburbano y regresar al Estado de México. Era sábado, y era tarde. Había asientos disponibles y me di cuenta, entonces, de que en verdad era tarde (metro vacío es casi un oxímoron). En uno de los asientos viajaba un muchacho de pelo largo y chamarra cazadora de color verde militar, leía un libro que en la pasta llevaba la palabra “comunismo”. Hasta ahí todo era común (comúnmente comunista, o comúnmente común) pero no sólo leía el libro: lo subrayaba. Pensé dos cosas:

- 1) Ese libro, que de por sí ya era la huella de alguien, la visión de alguien (porque un libro, o cualquier creación, no es más que la visión respecto a algo que una persona ofreció, en este caso el comunismo); ese libro, empero, ya había adquirido otro significado, porque quien lo tomara, luego del subrayado del muchacho, no podría evitar formularse una segunda lectura, una tercera (una lectura subsecuente, en pocas palabras) del libro que de por sí ya era una lectura de algo, a partir del subrayado.
- 2) Nada es, en realidad, nuevo: todo ha pasado ya por la visión de alguien, por la mano de alguien.

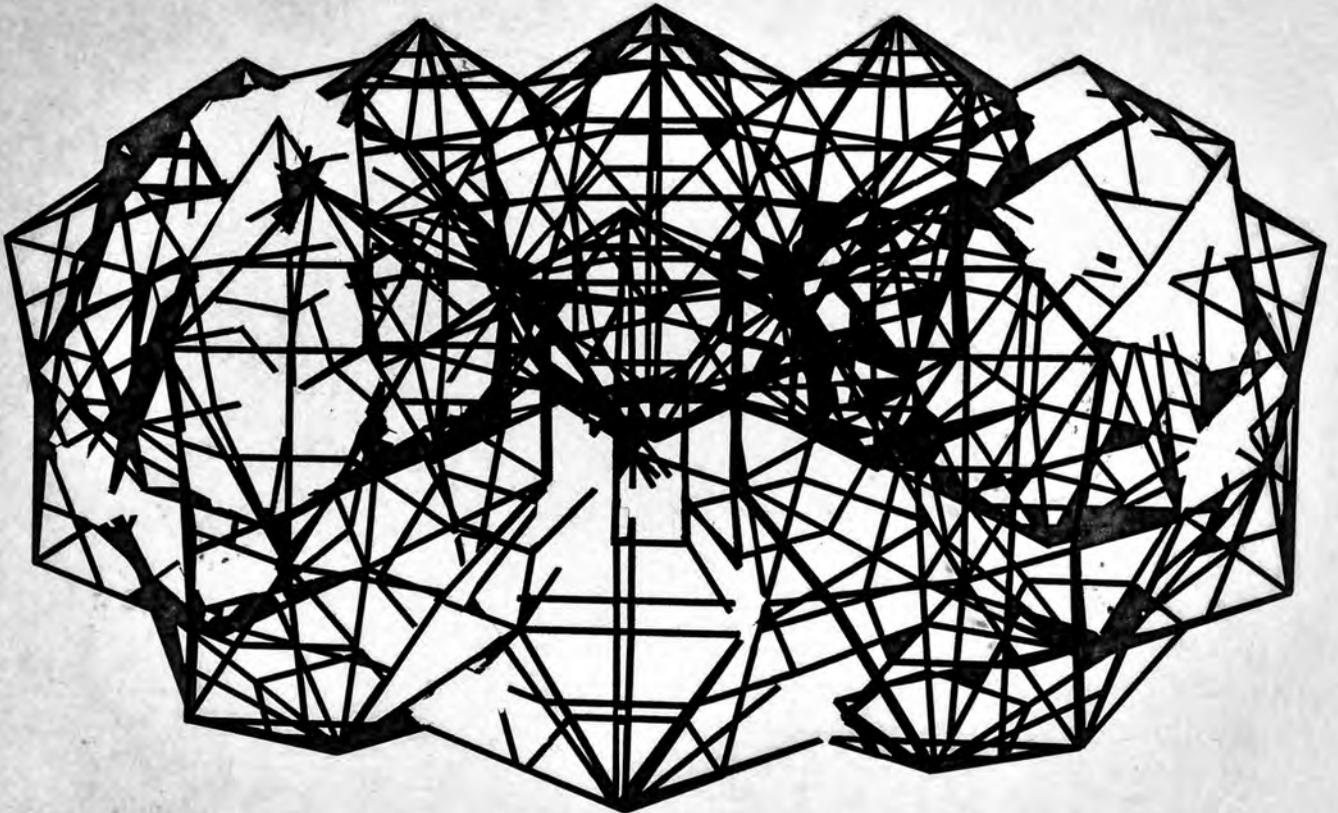
Imaginé, entonces, como suele ocurrirme, esto: de pronto la luz se va en el metro y al volver a iluminarse el vagón estoy solo. Nadie por aquí, nadie por allá. Entonces, como única huella de que ahí estuvo alguien más, queda el libro. Podía imaginarme, de ese modo, quién había sido ese muchacho y qué pensaba con tan sólo echar un vistazo al libro (o mejor dicho, a la lectura del libro que él había realizado), al subrayado. Como en la película *El hombre Omega*, donde Charlton Heston, su protagonista, se halla solo en la Tierra, en una ciudad vacía, y la única huella que queda de que alguna vez hubo alguien más son los objetos intervenidos. ¿Por qué subrayó esas precisas líneas y no otras? Los libros usados tienen ese añadido: cuentan una historia que no está en las letras *per se*: un boleto de autobús usado como separador, una flor seca, una envoltura de paleta, una huella de algo que puede ser sangre o sólo polvo.

2

La lectura de los objetos intervenidos, a manera de investigación, es, desde hace mucho, material para la literatura. Pienso en las historias de Sherlock Holmes, donde un misterio es resuelto a través de la interpretación de ciertos indicios, ciertas cicatrices sobre los objetos. Se puede reconstruir un evento, a una persona, a través de su incidencia sobre el medio. Si el asesino no deja rastros entonces es casi imposible ubicarlo. La fórmula sigue vigente: programas policíacos de muchos tipos, de muchas épocas, se basan en las “pesquisas” para atrapar no sólo al asesino sino también al espectador: tenemos

ganas de saber más, de saber qué provocó aquellas marcas. Existe en nosotros (al menos en mí) una curiosidad innata por saber qué hay detrás de una huella que normalmente no hallamos. Uno no repara en los rostros “cotidianos”, “normales” en el metro: saltan a la vista los rostros que por alguna razón son particulares. Como el metro mismo: se perciben en él las ausencias; notamos los asientos sólo cuando están vacíos. Los dientes de alguien resaltan cuando están demasiado limpios o dema-

siado sucios, o faltan; una nariz se hace notoria cuando apenas está o está demasiado: es muy grande o muy ganchuda. En la película de Sagab, la ciudad resalta, o la notamos, porque no hay nadie en ella, cuando normalmente ciudad suena a conglomeración, a caos, a hacinamiento. A nadie extraña una ciudad atestada o un desierto vacío; pero si invertimos papeles, es decir, un desierto colmado de gente o una ciudad vacía, notamos que algo no está en orden.



Taller T.A.C.O: EricValencia, *Mazzocchio*, aguafuerte/papel, 35.7 × 43.7 cm, 2014

3

Somos lectores por naturaleza, ahora lo sé. Leemos el medio, el mundo donde nos desenvolvemos: lo decodificamos. Somos, además, ávidos lectores de las cicatrices, de las huellas. Somos baquianos en el agreste terreno de la piel: imaginamos a dónde se dirige alguien o de dónde viene por las marcas de su piel. Es algo innato, o casi innato. Si vemos a una mujer con un ojo morado, o a un hombre con la ceja abierta, de inmediato realizamos una lectura y hasta inventamos una historia. ¿La golpearon, tuvo un tropiezo? De él, ¿es boxeador?, ¿lo asaltaron?, ¿estuvo en una riña? Sabemos de las personas, del mundo, a través de las huellas que dejan, de sus cicatrices. O al menos lo imaginamos.

4

Somos o nos dibujamos a través del caos. Las casas limpias son idénticas, el cloro y el aromatizante tienden a homogeneizarnos y nadie es distinto de nadie bajo el manto de la asepsia, pero todos los desórdenes son distintos: es nuestra huella. Nos citan a una fiesta a las siete de la noche en punto y de pronto nos damos cuenta de que son apenas las 6:20 y ya estamos frente al domicilio en cuestión. Leemos las huellas en la calle y las decodificamos y nos da miedo: hay grafiti, hay suciedad (huellas al fin y al cabo, cicatrices) y alguien, que firma como Jerry, pintó con aerosol rojo que ahí él manda y que todo invasor será castigado. Entonces tocamos a la puerta y nos invitan a pasar, algo de mala gana y entre sorprendidos y apenados. No alcanzaron a borrar sus huellas sobre la vida y los descubrimos un poco: hay ropa tirada en la sala, unos zapatos maltrechos y un tazón de sopa junto a la pantalla que sintoniza cierto canal que no goza de muy buena reputación. Los descubrimos a través de su caos, de la disposición de los objetos. Sobre los párrafos de la casa de interés social (con salas más o menos parecidas, con muebles de baño más o menos parecidos) ellos subrayaron lo que son, o lo que piensan o sienten, a través de la disposición de los objetos. La tele también es un párrafo: lo que sintonizamos es lo que sub-

rayamos. Vaya vaya, piensa uno, así que ves la novela de las seis, fíjate, no lo hubiera pensado de ti. Pocos (pero pesados) minutos después llega la gente, llega la fiesta, y el subrayado se disimula, aunque ya lo hayamos visto. Pedimos permiso para entrar al baño y nos fijamos en qué productos hay. Yo no usaría el papel que huele a jazmín, piensa uno de camino al metro, donde tal vez haya alguien mirando a un joven que subraya un libro, son raros.

5

En *El hombre Omega* (me gusta mucho la película) el protagonista se da cuenta de la presencia de alguien más (alguien humano, o humanamente parecido a él al menos) porque éste ha dejado una huella: algo no está en el lugar de ayer, que también era el de antier. Insisto: tenemos presencia en el mundo por la huella que dejamos en él. Así, se habla entonces de la huella ecológica, la mancha de carbono y la suciedad que dejamos en el planeta, en nuestro paso por él. Como las babosas de los patios: sabemos por dónde pasaron (nunca de dónde vienen y a dónde van, saber eso es casi imposible y preguntárselo puede ser lo suficientemente ocioso o profundo como para resultar peligroso) porque han dejado una huella brillante, viscosa.

Esto: los hombres o mujeres que viven solos y que, además, han dado una copia de la llave de la entrada a su madre o a su abuela, y entonces un día, al volver del trabajo o de la escuela, encuentran el lugar limpio. Mamá (o abuela) ha estado aquí, se dicen, porque se alteró el orden de las cosas: dejó su huella al pasar.

Esto otro: uno visita a un familiar y encuentra huellas gracias a la cuales se da cuenta de quién ha estado ahí. Botellas de cerveza vacías: tal tío. Pañales sucios en el bote del baño: los primos que acaban de tener un hijo. Aroma a cierta fragancia y tabaco: el abuelo.

Esto también: uno vuelve a casa y encuentra la cerradura forzada y no hay televisión ni computadora. Sabemos que alguien estuvo aquí, y a qué vino. Pensamos por un segundo en que tal vez Jerry nos siguió desde su colonia y que quizá ahora también manda aquí.

6

Alguien llega a su lugar de trabajo y encuentra un cubículo vacío. No supo de su existencia (o al menos no lo racionalizaba) hasta que lo vio vacío.

Sujeto A: —¿Quién estaba ahí?

Sujeto B: —No sé.

Sujeto A: —Fíjate, si no se va no me doy cuenta de que estuvo alguna vez.

Sujeto B: —Casi no hacía ruido.

Las cosas que se notan, que se aprecian, hasta que faltan: el silencio, la paz, la salud. O el amor. Sobre todo ése. Nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido, dice la madre mientras hace el quehacer en la casa, y luego pide que levantemos los pies para barrer debajo del sillón, porque el polvo deja ahí su huella.

7

Tengo dos pares de tenis, idénticos, que compré hace unos meses en una oferta del 2 x 1 en una tienda cerca de mi casa. Un par lo uso para hacer ejercicio, el otro para no hacer ejercicio. Distingo un par del otro gracias a las huellas que las actividades dejan en ellos: los que uso para ejercitarme están más maltratados y tienen un tono verduzco debido al pasto; los otros aún conservan la forma que se les dio en la fábrica. Se puede leer la actividad de alguien en los zapatos: si tiene problemas al caminar el desgaste de las suelas nos lo dirá. De igual modo nos dejará saber cómo pisa, si arrastra los pies o si camina mucho o poco, y por dónde lo hace.

También se pueden leer las prendas, claro. Mi mamá, cuando aún lavaba la ropa de todos nosotros, sabía distinguir a quién pertenecía cada una: cuellos más negros, manchas de salsa picante o chocolate, agujeros. Ella sabía, siempre, a dónde habíamos ido o qué habíamos hecho con sólo mirar las prendas. Dejábamos una huella en la ropa, subrayábamos, en la oración blanca de las playeras, nuestras actividades.

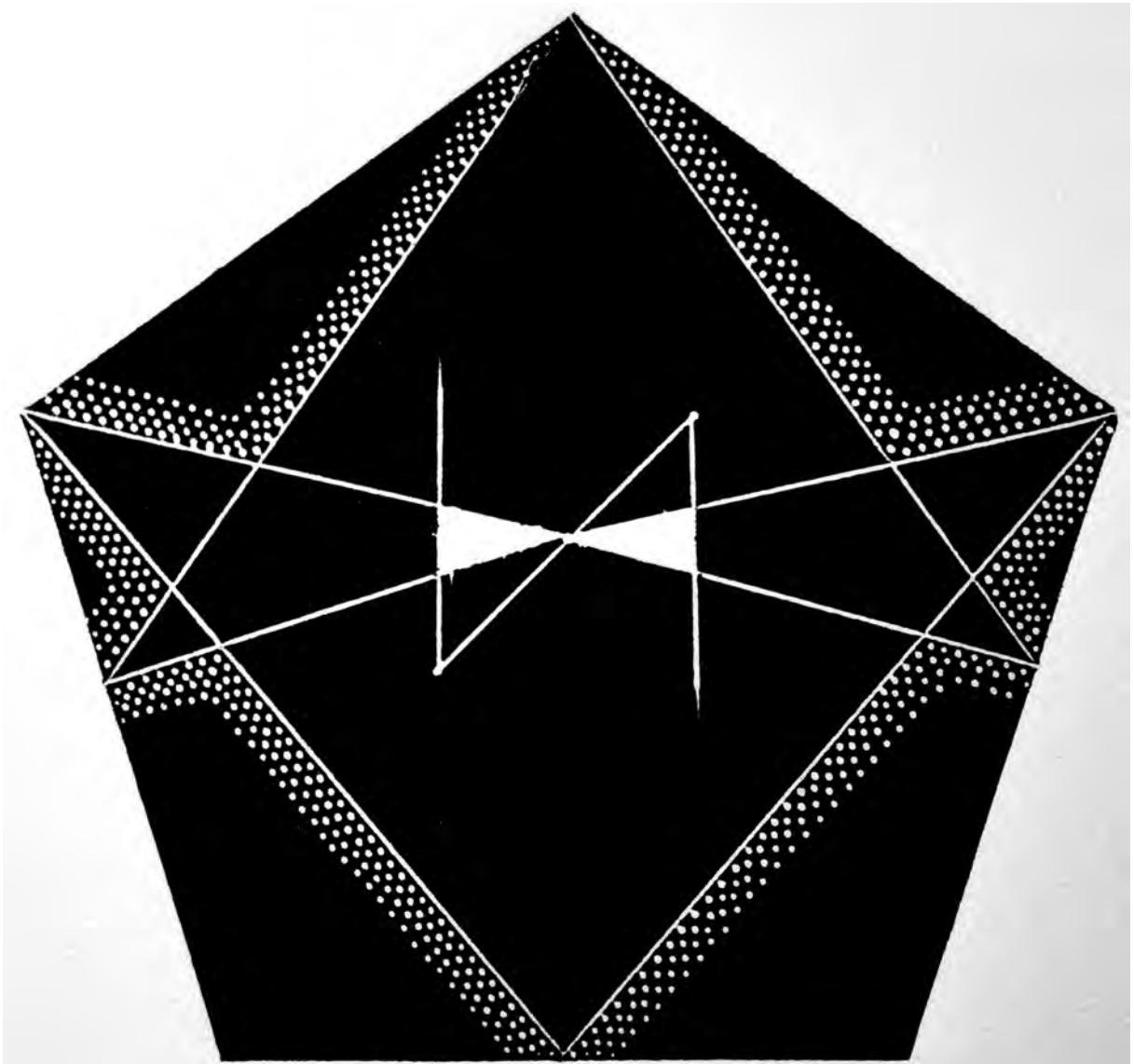
Así mismo, se puede leer la ropa interior, pero eso es muy peligroso y prefiero no hablar de ello, al menos no ahora.

8

Antes, cuando el formato VHS era lo más avanzado en cuanto a tecnología (al menos para ver películas) era posible saber hasta dónde había llegado alguien en la cinta o cuánto la había visto, siempre con base en el desgaste. Lo mismo con los casetes y con los vinilos: donde más desgaste había era donde más había permanecido el oyente. Recuerdo que en mi casa, hace muchos años, había un vinil con canciones de Pedro Infante: el rayón más pronunciado correspondía a *Las mañanitas*, canción que se activaba seis veces al año.

La hoja más doblada del libro, o el libro más maltratado (en mi caso es *Dios en la tierra*, de José Revueltas) son huellas que alguien puede leer si un día ya no estamos. Matamos lo que amamos, lo demás nunca ha estado vivo, dice Castellanos, y unos zapatos formales bajo mi cama, prácticamente nuevos, lo corroboran. ●

**Aldo Rosales** (Ciudad de México, 1986). Egresado de la licenciatura en Enseñanza de Inglés de la UNAM, es autor de los libros de cuentos *Luego, tal vez, seguir andando* (Río Arriba, 2012), *Entre cuatro esquinas* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2014), *La luz de las tres de la tarde* (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2015) y *El filo del cuerpo* (Revarena Ediciones, 2016). Dirige la revista electrónica *A buen puerto* (<[www.revistaabuenpuerto.com.mx](http://www.revistaabuenpuerto.com.mx)>) y coordina el taller de creación literaria en el Faro Indios Verdes.



Taller Cuervo Negro: Omar Arcega, *Sin título*, relieve/trovice1, 11 cm de lado, 2015

# Retrato de un testigo innecesario

Laury Leite

Felipe Polleri  
*El pincel y el cuchillo*  
 HUM, 2011, 112 pp.

En su prólogo para la edición de *Irrupciones*, una recopilación de las columnas que Mario Levrero había escrito para la revista *Postdata*, puesta en circulación por la editorial uruguaya Criatura, Felipe Polleri, autor de la excelente novela *El pincel y el cuchillo*, declara que “un libro de ficción debe ser no necesario, inútil y absurdo (y casi delictivo) para tener cierto valor. Debe ser un atentado a la diosa de la razón, al sentido común, etcétera”. Si la racionalidad del capitalismo contemporáneo ha organizado nuestras relaciones sociales siguiendo el principio universal de la competencia generalizada, la productividad y el máximo beneficio propios de las empresas, es la inutilidad del arte en sí misma, así como la vagancia, la pereza y otras formas de disidencia radical, lo que atenta contra el modelo empresarial que hoy rige nuestra forma de existencia. Al presentar una visión autónoma del mundo, las obras de arte que no atienden a imperativos comerciales pueden producir una ruptura radical con la lógica contemporánea, o el sentido común, y ser en sí mismas un pequeño acto de resistencia.

El universo narrativo que Felipe Polleri ha ido construyendo desde hace más de dos décadas funciona como ejemplo de la radicalidad con que el arte puede operar sobre la realidad establecida. Estamos frente a un autor insólito que no hace concesiones a nada que no sea su propia visión del mundo; un artista de lo monstruoso que construye su literatura desde la marginalidad. Incluso se podría decir que las decisiones estilísticas con que organiza sus novelas las empujan hacia los mismos márgenes del género. Ciertamente, lo que suele escribir son novelas; pero son novelas que en determinados momentos parecen transformarse en libros de aforismos, luego en pequeños ensayos que a su vez parecen transformarse en poemas camuflados. Cada volumen que publica da la impresión de sumar un capítulo más a ese gran libro alucinado que es la totalidad de su obra. Del mismo modo que ocurre en gran parte de su narrativa; *El pincel y el chuchillo*, una novela de 2011 que publica el sello uruguayo HUM, se adentra en un espacio donde la deformación, la locura y el humor ácido se disputan



el territorio de cada página. Si bien toda su obra dialoga consigo misma y hay un parentesco que relaciona todos sus libros, me parece que la mayor afinidad se establece entre *El pincel y el cuchillo* y *Gran ensayo sobre Baudelaire* (una novela histórica), publicada también por HUM en 2007. En ambas se incorpora la figura de un artista que, desde su odio salvaje, su exclusión social y su locura, batalla contra la civilización occidental. Aunque el procedimiento de deformar la biografía de un artista ya aparece plenamente desarrollado en el *Gran ensayo sobre Baudelaire*, en *El pincel y el cuchillo* alcanza una libertad que provoca vértigo. En estas memorias (¿póstumas?), la frontera entre los hechos reales y los inventados estalla en medio de las carcajadas burlonas del narrador, que en realidad son siete narradores, que luego se atomizan en trece (o más) narradores, que finalmente descubrimos que se trata de uno solo, porque el narrador tiene múltiples personalidades. Raúl, un artista mentiroso y rebelde con apariencia de mendigo, se pasea por Montevideo armado con un pincel y un cuchillo, relatándonos los horrores que atestigua y atentando, tanto con sus obras como con su estilo de vida, contra la lógica que gobierna a su sociedad.

Una muestra de la rebeldía con que se conduce y que expone su ruptura con la racionalidad contemporánea se produce casi al inicio de la novela. Tras rechazar una invitación para “cacarear” en un programa de radio en el que quieren hacerle un reportaje en vivo, declara: “De cualquier modo, ya me consolé: mi negativa insultó a la civilización occidental y cristiana, a sus valores más caros. Insulté al éxito, sin duda. Creo [...] que insulté a la fama y a la fortuna. Ojalá.”

Como Baudelaire, Rimbaud, Genet o Thomas Bernhard, Raúl pertenece a esa estirpe de artistas radicales que operan como testigos indeseados de un mundo en descomposición. Figuras incómodas que por medio de sus obras despojan a las personas de las máscaras con que suelen cubrirse y exponen el ridículo espectáculo escenificado por la sociedad. En uno de los pasajes más divertidos de la novela, Raúl se remonta a cuando trabajaba como pintor de brocha gorda (“miseria obliga”) y relata cómo, al ser contratado para pintar las paredes de una casa, acabó “inmortalizando” a los dueños debajo de la capa de pintura con que revistió las paredes: “¡Ay! Bastaría con rascar la capa de pintura que eligió la señora de la casa para que esos hijos de puta se vieran retratados como el Diablo los hizo.”

A lo largo de la novela, vemos a Raúl pintando el día entero como un poseso para olvidarse de que está solo. Cuando no está encerrado dentro de su galpón pintando uno de sus famosos autorretratos o retratando mendigos, sale a la calle en busca de modelos y ve “cosas horribles”. Pero no las rehúye ni las rodea sino que, fiel a su convicción de que la vida no es bella, las mira de frente, y con el material que reúne construye una recreación de la realidad apartada del discurso hegemónico. Para Raúl, el trabajo (y el deber) del artista consiste en atestiguar tres cosas: “1) la crueldad del mundo, 2) la crueldad del mundo, 3) la crueldad del mundo.”

Y luego retratarlas. Claro que atreverse a atestiguar las “cosas horribles” que abundan en el mundo para luego representarlas lo condena a establecer una relación conflictiva con su sociedad. La rebeldía tiene su precio. En el caso de Baudelaire, presentar su visión del mundo le atrajo el repudio de su sociedad y fue procesado

por atentar contra la moral pública y las buenas costumbres. En el caso de Raúl, la consecuencia es la soledad. Pero aun así, como él mismo presume, no hay nada que lo pueda detener. Ya no le importa granjearse el aplauso de su comunidad, ni obtener fama ni dinero, ni “triunfar” o “fracasar”. Lo único que lo pone en movimiento es la compulsión por presentar su visión del mundo. Y si no lo puede hacer por medio del pincel, recurre a su cuchillo. Cuando su esposa y su hija lo abandonan porque es un “cadáver” que “odia la vida”, en un gesto desesperado que recuerda a la quemadura que se hizo el poeta Raúl Zurita en la cara, Raúl intercambia el pincel por el cuchillo y, como si quisiera retratar la herida que la ruptura deja en su vida, se raja la mejilla. De este modo, la línea que separa la vida del arte, el lienzo del cuerpo y el pincel del cuchillo desaparece, y Raúl pinta sobre su propia cara la crueldad del mundo.

Raúl parece no poder tolerar lo real. Vive una escisión interior que lo empuja a rechazar la realidad al mismo tiempo que no puede dejar de apropiársela mediante la representación. Es un testigo indeseado que al consagrar su vida a una actividad tan improductiva como vagabundear por la ciudad para luego retratarla sin otra finalidad que presentar su visión del mundo, se aparta de la lógica contemporánea y atenta contra ese modelo empresarial que rige nuestra forma de existencia actual. En una de las clases de pintura que Raúl imparte en la novela, Felipe Polleri incluye un fragmento de *El sentido de la vista*, de John Berger, que me parece resume bastante bien su idea sobre el trabajo de los artistas: “Los artistas no pueden cambiar o hacer la historia. Lo más que pueden hacer es despojarla de sus pretensiones. Y hay diferentes modos de hacerlo, entre los que se incluye el de mostrar la crueldad existente.”

Y esto es, precisamente, lo que hace *El pincel y el cuchillo*. **P**

**Laury Leite** (Ciudad de México, 1984). Estudió Dramaturgia en Madrid, España. Ha realizado traducciones y adaptaciones de obras de Frank Wedekind y Antón Chéjov, entre otros. Ha publicado artículos, ensayos y crónicas en diversas revistas literarias. Recientemente terminó *En la soledad de un cielo muerto*, su primera novela. Vive en Toronto, Canadá.



